EL PIRATA NEGRO

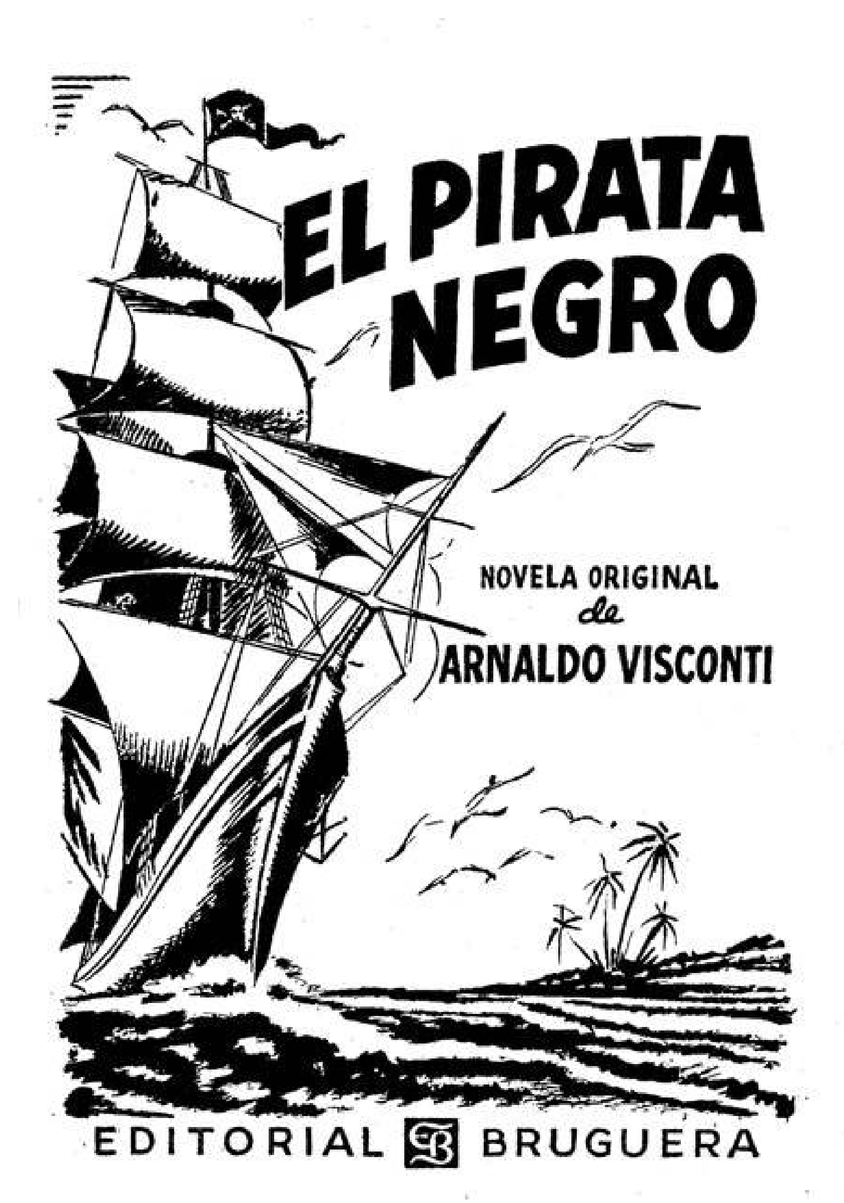
CONT
UN EP
COM

por
ARNALDO VISCONTI

ROVENSAI

3'50
PTAS

EL LEON Y EL CHACAL


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El León y El Chacal

Colección El Pirata Negro n.° 63

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


El LEON y el CHACAL

CAPÍTULO PRIMERO

Hacia la Costa Dorada

El velero de alargado espolón llevaba a ambos lados de la parte alta de proa el nombre: “Islam”. En lo alto de su mástil, enarbolaba pabellón azul, donde ondeaba una media luna.

En el puente de mando, Cheij Khan, desnudo el torso, ofrecía a la caricia del sol su fibrosa contextura esbelta, donde, como decía Bourka, el joasme luchador, “no había carne, sino piedra”.

A su lado, Tartar, el coloso de rostro triangular, cráneo rapado, con la sola capilaridad de una “fantasía” que en coleta caíale sobre una sien, alzaba el rostro, sin cejas ni pestañas, y sus ojos redondos tenían la mayor semejanza con los de una colérica lechuza.

En la cara interna del antebrazo izquierdo de Cheij Khan, lucían unos signos cabalísticos, en persa. Un tatuaje que sólo Tartar había traducido, sin comprender el significado de la frase:

“Carlos Lezama, de Lanzarote, abril diecisiete, diez.”

Y en el antebrazo de Tartar, tatuado a punta de cuchillo por él mismo, leíase: “Cheij Khan”. Era su juramento de fidelidad.

—El tigre no hace ruido cuando va a saltar, capitán Cheij-acababa de decir Tartar, con su habitual impavidez.

—Basta con las adivinanzas del viejo sensato Harbin-replicó Cheij Khan, también con su habitual rostro desdeñoso.

A menudo hacía gala de aquel infinito desdén que despertaba obscuros temores en el fuero interno de los joasmes tripulantes, del “Islam”.

—El pabellón con la media luna despertará excesivas curiosidades entre los navegantes, capitán Cheij.

—Y en aguas poco profundas, el tiburón puede ser víctima de los peces pequeños-replicó Cheij Khan, fríamente —. Manda, pues,

arriar el pabellón. Tienes razón: el chacal debe cazar mientras los pastores duermen.

Hacía solamente un día que el “Islam”, alejándose del delta del Orinoco, emprendía el largo viaje hacia la Costa Dorada.

Tartar encaminóse al pie del mástil para ordenar a un joasme que soltara él cabo que retenía en lo alto el pabellón.

Desde un rincón de cubierta, guiñando los ojos, Harbin-el-Neid miró cómo iba descendiendo el pabellón.

Sintió a su alrededor la interrogante mirada de los demás joasmes, y, apresuradamente, encaminóse hacia el puente de mando.

—El sol te ilumine el corazón, capitán Chacal-saludó el viejo joasme.

—Y a ti te entibie los miembros, viejo sensato.

—Se mueve el velero, y los valientes joasmes están contentos, porque navegar conduce a puertos.

—Está escrito: barco anclado, pronto se pudre.

—Murió el hombre que llevabas enjaulado, capitán Chacal.

—Murió al perder la vida.

—De nuevo usas conmigo esa burla de los blancos.

—Cesa en rodeos, Harbin. ¿Qué quieres preguntar?

—La media luna no campea ya en el azul del cielo.

—Cuando el tigre va a saltar no hace ruido, Harbin-el-Neid. Y tú comprenderás la semblanza, porque dado eres a adivinanzas. No te importe no ver la luna: los perros aúllan, pero la luna gran linterna del firmamento, sigue serena.

Mesóse Harbin unos instantes la rala barba blanca:

—Tú que eres todo sabiduría, capitán Chacal, no deberías menospreciar mi ingenio.

—No enjuicies cuando no estés cierto. Yo no menosprecio tu ingenio, viejo sensato.

—Te burlas de mis adivinanzas.

—Me eduqué en tierras de blancos prácticos, que no pierden tiempo dando rodeos.

—La adivinanza es ejercicio que agudiza las garras del cerebro, que así están siempre abiertas a todo.

—Tú lo dices, y yo soy un joven respetuoso con tu larga experiencia, más poblada que tu barba.

—Esta noche estuve pensando una nueva adivinanza, capitán Chacal. Y quisiera que tú la oyeras.

—Oídos tengo siempre para ti, Harbin-el-Neid.

—Muchos tienen entrada al Paraíso porque hacen caso de los ancianos. Escucha mi adivinanza, capitán Chacal:

“Está en el prado,
pero nunca se siega.
Está en el río,
pero nunca se moja.
Está en la tienda,
pero nunca se vende.
Está en tu pelo,
pero nunca lo peinas.”

Y satisfecho, el viejo joasme dióse unos tirones de barba, mientras miraba maliciosamente a Cheij Khan.

Éste, lentamente, giró la vista a su alrededor como si meditara, y vio a Tartar que, próximo a ellos dos, señalaba el sol.

—Difícil es tu adivinanza, Harbin —fingió Cheij Khan—. Pocos podrán responderte.

—Tu inteligencia de capitán puede resolver.

—Indudablemente. Pero antes quiero yo exponerte un acertijo que también he pensado.

—Oh, bien, capitán Chacal. Debes primero darte por vencido.

—¿Yo? La respuesta a tu enigma es sencilla: es el rayo del astro solar.

Harbin-el-Neid, maravillado, asintió, experimentando íntimo rencor.

—Tú vas a darte por vencido ahora y... siempre, viejo sensato. Si soy vuestro capitán es porque os gano en fuerza, astucia y cerebro. Acierta, si puedes, que no podrás, viejo sensato. ¿Qué cosa es la que yo veo, pero tú no, y no obstante está más cerca de ti que de mí?

El joasme hízose repetir varias veces la pregunta, y, al final temblorosa de cólera contenida, su barba, aceptó:

—Vencido, capitán Chacal. ¿Qué cosa es esa?

—Te propongo otra más fácil: ¿Cómo impedirás que el gallo cante en domingo?

También esta vez tuvo que darse por vencido el joasme.

—Lo que tú no ves y yo sí, pese a estar más cerca de ti que de

mí, es tu espalda. Y en cuanto a la manera más segura de impedir que un gallo cante en domingo, es matarlo el sábado por la noche. Te permito que presumas delante de los joasmes. Que el sol siga peinando tus barbas, Harbin-el-Neid.

Instantes después de haberse ido el viejo joasme, Cheij Khan sonrió levemente, diciendo:

—Medida prudente la de tener siempre un espía que te cuente todo lo que dice Harbin-el-Neid, Tartar.

—El jefe debe siempre saberlo todo, Cheij.

Cheij Khan entró en el compartimiento donde, tras la jaula, yacía el cadáver de Lyon d'Arcy.

Le despertó de su ensimismamiento un leve grito que resonó a sus espaldas. En el umbral, Mireya de Ferjus, seguida por un joasme que relevábase continuamente en vigilancia de la prisionera, miraba aterrorizada al descarnado muerto.

—Tú conociste a este hombre, Mireya-dijo Cheij Khan.

Acercóse ella, y, tras concentrarse, pudo reconocer en los rasgos cadavéricos los peculiares del gascón Lyon d'Arcy.

—¡Es Lyon d'Arcy!

—Era... Ese hombre al morir, me priva de un testimonio que demostraría que yo no cometí los cuatro crímenes de que me acusaron allá en los bosques de Civry. Pero no me rebelo contra mi sino. Todo está escrito en el libro de nuestras vidas.

—Lyon d'Arcy es el caballero que, junto con mi hijo el marqués de Ferjus y su profesor de música, demostró que tú mataste a los tres amigos de Diego Lucientes.

—Mintieron los tres, y ese hombre ha muerto de terror porque, sabedor de que él era el criminal, no pudo resistir mi presencia. Y nada le hacía... Es más, hasta a veces le acaricié el cabello.

—Eres perverso a instantes, "Chacal" —dijo ella, estremeciéndose y saliendo a cubierta.

—Y tú me hablas con demasiada libertad. Abusas, no ya de tu prerrogativa de mujer, que eso para mí no cuenta, sino de que has percibido con ese sentido femenino que suple la inteligencia, que yo, por creerte buena, te tolero mucho.

—A veces no puedo evitar el sentir pena hacia ti, "Chacal". Lástima.

—Si pretendiste ofenderme, lo has logrado.

—Lástima porque creciste solo, y el tronco sin apoyo ni mano cariñosa que le ayude a subir, se tuerce y rastrea.

—El ser madre no te autoriza a hablar en tono de protección. No olvides que tú eres mi prisionera.

Y Cheij Khan separóse de Mireya, para encerrarse en su propio camarote, donde, tras mucho tiempo y laboriosidad, logró componer una carta, en cuyo sobre escribió:

> "Cheij Khan, "El Chacal", al conde Ferblanc, en Puerto Colombia."

La misiva decía:

> "Conde Ferblanc, renegado pirata traidor:
>
> "Habrás oído hablar de un pirata novel llamado Cheij Khan y apodado "El Chacal". Mando en nave de cien piratas joasmes, y mi lugarteniente es tártaro, avezado navegante. Mi nave es el "Islam" y en combate abierto hundiría a tu "Aquilón".
>
> "Pero no en lucha de barcos la que pretendo, conde Ferblanc. Tú diste muerte a mis padres. Tú debes entre mis manos pagar el crimen que conmigo cometiste.
>
> "Por ti, sin hogar he vivido. Por ti, desconozco las caricias de una madre. Por ti, vagabundo he ido deslizándome de mal en mal. Por ti, haciéndome temible, fui culpado sin defensa posible de crímenes que me achacaron. Tu sombra funesta marca, pues, con signo luctuoso mi existencia.
>
> "Está en mi poder tu esposa. Me ha de servir de señuelo, tal como imaginó Narciso Leblond. No quiero que, cobardemente, puedas tú rehuir el combatir conmigo.
>
> "Hablan mucho de ti, conde Ferblanc. Humo de lisonjas, que canta tu valentía, tu fortaleza y tu fiera bravuconería. Pero ya sabrás quién soy yo, conde Ferblanc. Tardíamente, porque a nadie podrás contárselo. Narcisse Leblond me hizo pirata... y me teme.

> “En combate frente a frente, redundará en mayor triunfo y renombre de “El Chacal”, el haberte aplastado, terminando con tu aureola de invencible.
>
> “Y ceso en las bravatas que cumpliré. Paso a hablar de tu esposa. Favor he de hacerle al matarte. Ella es buena... ¿Cómo pudo amar a pirata renegado y traidor como tú?
>
> “Yo podría darte tortura moral y anunciarte martirios para tu esposa. Pero... hay algo dentro de mí, una debilidad que mi otro “yo” no te perdona. A un pendenciero bravucón y asesino como tú, no deben tenérsele consideraciones. Pero tu esposa tiene figura de virgen italiana, como las pintadas por los artistas místicos.
>
> “Nada me importa en el mundo. Desprecio a los humanos... Pero hay algo indefinible alrededor de Mireya de Ferjus. Flores del desierto exhalan aromas tenues. En el desierto de árida sequedad que es el mundo, Mireya de Ferjus tiene el aroma de una flor besada por el rocío de pureza del alba, cuando aun el aliento humano no emponzoña el céfiro mañanero.
>
> “Ese será tu castigo, conde Ferblanc. Nunca más volverás a ver a Mireya... Tan pronto quedes tú destrozado a mis pies, ella será libre. No habrá sufrido daño alguno. Pero tú nunca más la has de volver a ver. Ese es tu castigo, conde Ferblanc.
>
> “Mi rumbo es la Costa Dorada. Allá te espero, conde Ferblanc. Y en los largos días en que me persigas, piensa constantemente en esto: Nunca, nunca volverás a ver a Mireya...
>
> Cheij Khan, “El Chacal”.

Quedóse unos instantes pensativo Cheij Khan. Luego dobló las dos hojas, que introdujo en el voluminoso sobre formado por un pergamino doblado ingeniosamente.

Poco después, ante Mireya de Ferjus, dijo lentamente:

—¿Amas mucho a tu esposo?

—Si quieres burlarte, “Chacal”, ríe cuanto quieras. Hora tras hora, sufro por la ausencia del que está lejos de mí.

—Cuando se hacía a la mar, sola te dejaba.

—Pero yo le sabía feliz, y no inquieto por mí.

—¿Te agradaría escribirle?

—No seas maligno, Cheij Khan..., si no piensas permitírmelo, no debe a atormentarme. Eso hace días que quería suplicarte...

—¡Escribe! —exclamó Cheij Khan.

Hazlo pronto, porque hay hombre esperando a llevarse esa carta a la costa.

Mireya de Ferjus alisó una hoja, y escribió:

“Mi Carlos:

>

“Añado personalmente estas líneas, porque “El Chacal” ha accedido a mi petición. No te miento y no es para tranquilizarte, si afirmo no haber recibido el menor daño.”

“El Chacal”... es el joven que Gabrielle Lucientes amó. La suponía muerta, y quizá podrá justificarse de lo que le acusan... Devolverle la ilusión, es librarme de constituir para ti un señuelo.

“E1 Chacal” me ha jurado que si no le he mentido, y es cierto que Gabrielle vive en Bogotá, tal como le he dicho, me pondrá en libertad.

"Mientras, soy tratada con deferencia. No es un pirata vulgar. Es joven culto, aunque amargado por orfandad. Yo sé que tú, frente a él, desvanecerás su error.

“Es extraño, Carlos..., pero no consigo odiar a este joven. Creo que la vida le ha maltratado... y podría haber sido bueno, generoso y feliz.”

Ladeó el rostro Mireya al sentir en su hombro un toque que Cheij Khan, imperativamente, acababa de darle con la punta de los dedos.

—No deseo que tu esposo forme un mal concepto de mí, al pintarme tan digno de lástima. Abrevia. No va a esperar el mensajero tanto tiempo.

Añadió Mireya con su fácil letra:

“Acaba de leer por encima de mi hombro, y cortésmente me ruega ponga fin, porque no desea formes un mal concepto de él. Posee una ironía hiriente...; pero no consigo odiarle...

“Pronto nos veremos, Carlos, Hora tras hora estoy pensando en ti,

“Mireya”

Sin decir palabra, cogió Cheij Khan lo escrito. Cuando estaba de nuevo en el puente de mando estremecióse al sentir en el dorso de su mano un roce suave.

Mireya de Ferjus acababa de besar su mano.

—Detesto esas feminidades-dijo el hijo del Pirata Negro retirando su mano como si algo le hubiera quemado —. Te oí venir, pero creí que deseabas contemplar la hermosura de este paisaje. Es bello el mar... Siento en mí, como nostalgias de otros tiempos... Quizá de otra vida en que fui compañero de Ulises.

—Has sido caballeroso al permitir que escribiera a mi esposo. Y ten por seguro, Cheij Khan, que las buenas acciones siempre obtienen recompensa.

—Dice el proverbio mahometano: “Dale pan al hambriento, lecho al fatigado y amparo al huérfano, y te echarán en cara que el pan es duro, el lecho también y tu techo tiene goteras”.

—Tu amargura no ha de durar eternamente, Cheij Khan. Habrá paz para tu espíritu...

—Cese la miel de tus palabras. Y... pensando estoy algo que te causará gracia.

Mireya de Ferjus, contemplando la mueca en rictus sarcástico del hijo del Pirata Negro, dijo:

—Vas a procurar ofenderme. Pero no lo lograrás, “Chacal”. Yo creo que cuando eres bruto y leal, eres un niño que aun no ha crecido mentalmente. Sí... Es falso tu cinismo. Son capas que te han prestado los malos hombres, y las compañías indignas que te han rodeado.

—Eres bonita, Mireya... y no obstante no me inspiras el menor deseo. Por mí, como si fueras un joasme más...

—Gracias, “Chacal”.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Tu indiferencia es el mejor homenaje. Escucha, Cheij Khan. Yo no sé cuál será nuestro mutuo destino, pero por vez primera me rebelaría contra la Providencia, si te tuviese que odiar por dar muerte a mi esposo... ¡o tuviera que sentir rencor hacia él por haberle matado!

Cheij Khan sonrió... Y sonreía agradablemente:

—Mala suerte la mía, que me entrega, como señuelo para mi enemigo, a una mujer que es imagen de esos ángeles que pintan los libros cristianos. Vete, Mireya... o abandonaré yo este puente.

Fuese ella, y poco después, Cheij Khan tomaba por testigo a Tartar, el impasible:

—¿Cuál es para ti el mayor peligro que acecha al hombre, Tartar? ¿Tener amigos, perder dinero, poseer escasa salud?

—Yo que soy un pobre loco, oigo voces que no son producto de mi seso. Y siempre he creído que el peor enemigo del hombre es él mismo. Y sucumbe si presta oídos a palabras de mujer.

—¿Por qué ante esta mujer que es mi prisionera, siento a instantes un impulso de arrodillarme y declarar que me avergüenza seguir caminos de maldad?

—Confidencia es ésta, capitán Cheij, que me enorgullece. Yo, cuando escasamente tenía catorce años, y más de cinco llevaba saltando cercas y robando fruta, encontré una vez una tártara arrugada de rostro como una manzana expuesta a muchas intemperies. Tenía unos ojos rientes y con fulgor que sólo las almas cándidas poseen. Me pilló comiéndome su frugal cena. La acompañaba un perro mastín de esos feroces. Y ella me reprochó haber venido un viernes, ya que en domingo le daban los vecinos cena más abundante. Entonces... me arrodillé, porque en ella vi a mi madre, la que murió siendo yo un arrapiezo. Y... eso es lo que a veces ocurre, capitán Cheij. El corazón más endurecido por los reveses de la vida, siente estallar la coraza impuesta, porque de pronto tiene la revelación: siente el soplo acariciante de una mirada de madre en los ojos cándidos de una mujer. Es lo único que queda al peor de los caminantes, que después de perderlo todo, la fe, la alegría, la esperanza... no puede olvidar que una madre acunó sus primeros días.

Cheij Khan estuvo en silencio aun después de que hacía rato que el tártaro había callado.

Por fin, apoyó en el hombro ancho de su lugarteniente una mano que presionó con fuerza:

—Sólo para golpear he rozado pieles de humanos. Únicamente a un hombre le demostré mi afecto, haciendo este mismo gesto. Era un aventurero alegre, con alma grande. Un loco con cordura para los demás, cuando por afecto los aconsejaba. Si tú... Tartar, presencias alguna vez acto de malvada delectación del cual sea yo autor, repróchamelo sin temor.

—Así lo haré, Cheij.

—Esa mujer es buena, y no me ha mentido, Tartar. Me ha dicho que vive la mujer que fue y es mi único recuerdo bueno. Renace, pues, la ilusión en mi alma.

Alzó de pronto Tartar la cabeza para seguir el aleteo de una blanca gaviota que graznaba agudamente.

—Tu felicidad deseo, Cheij. Y no quiero ser agorero.

—Habla.

—Lucía el sol sin sombra alguna.

Y las alas de esa gaviota, han arrojado sombra encima de tu cabeza.

—¿Qué presagia?

—Mucha negrura en tu porvenir... pero blanca es la gaviota que lanzó funesta sombra.

Cheij Khan apartó su diestra del hombro de su segundo:

—No creo en presagios visibles, Tartar. Rumbo a la Costa Dorada, es la realidad. Y allí está ella, la soñada. Y esta vez, nada ni nadie podrán evitar que de buen grado o a la fuerza ella comparta mi destino.

Seis días, después una galerna huracanada, zarandeó brutalmente el "Islam". Duró día y medio, y al final, al encalmarse el cielo e irse aquietando el mar, presagió Tartar:

—Mala navegación para los que al Norte estén, capitán Cheij. Tendrán calma chicha.

* * *

Al tercer día de navegación, el "Aquilón" bandeó blandamente, flojas sus velas.

—Calma chicha-dijo el Pirata Negro, ceñudo.

—¡Malhaya la galerna que al Sur sopló-lamentóse "Cien Chirlos".

—Ventaja dará al “Islam”... Pero no por eso escapará “El Chacal” a mi zarpazo.

—En el Cabo de las Tormentas, podremos darle alcance, señor. Allá dicen que no gana mar, el que mucho mar no tragó.



En el Cabo de las, Tormentas, Tartar demostró su sin par pericia, aprovechando cuanto podía favorecer el dar mayor velocidad al velero. Y cuando el “Aquilón” atravesaba aquellos parajes, y doblando hacia el Norte emprendía el ascenso hacia la Costa Dorada, hizo escala en factoría española.

Obtuvieron el informe de que un velero cuyas señas correspondían a las descritas verbalmente por el Pirata Negro, había surcado aquellas aguas cerca del litoral ocho días antes.

Capítulo II

La Costa Dorada

Nunca un mar tuvo más impropio nombre que el Pacífico allá por los años del primer tercio del siglo XVIII.

Sus aguas, en los días de soleada quietud, poseían un azulado intenso al bañar las costas sudamericanas en el litoral, comprendido entre el golfo de Panamá y la Tierra del Fuego en el extremo meridional, donde el Cabo de las Tormentas era paso temido por los navegantes.

Pero aparte esos días de quietud, el Océano Pacífico era mar pletórico en turbonadas, huracanes y tempestades de enorme magnitud, no conocidas en ningún otro mar.

Loa navegantes que por sus aguas se internaban, eran gente experta y que con tesón desafiaban las cóleras de los elementos. Pero a partir del año 1720, un problema se planteó para los gobernantes y Virreyes de las Comarcas Reales establecidas en los virreinatos de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Costa Baja.

Estas zonas costeras veíanse frecuentemente invadidas en rápidas y feroces incursiones por las bandadas de piratas, que, desplazados del Caribe por la Legión del Mar, habían ido afianzando sus reales por aquellos litorales.

Los habían elegido por ser ricos parajes abundantes en botín de todas clases.

La Costa Dorada, que así se llamaba el litoral comprendido entre el Golfo de Panamá y la línea de 20 grados que señalaba la posición de la famosa ciudad de Potosí, presentaba innumerables accidentes favorables a retiradas y a nocturnos desembarcos.

Las guarniciones de la costa eran numerosas, pero había escasez de soldados disponibles, ya que en su mayor parte eran solicitados

para expediciones de castigo contra indios sublevados.

Las ciudades vivían inquietamente, aunque los españoles y criollos, en su mayoría, habían adoptado una actitud de indolente conformidad.

A quien se quejaba de la inseguridad que no permitía a ningún honrado ciudadano acostarse con la seguridad de amanecer sin oír disparos de arcabuces o llantos de asaltados, contestaban los soldados con marciales exabruptos que se caracterizaban por su crudeza.

Daban siempre a entender, con palabras algo rudas, que los mercaderes que habían llegado atraídos por las riquezas do las América s, después de que los soldados pacificaran los ánimos rebeldes de los nativos, debían acomodarse a las consecuencias de no vivir en ciudades defendidas por importantes guarniciones y murallas.

La ciudad de Bogotá disfrutaba de cierto privilegio, ya que estaba alejada del Pacífico, y por tanto de posibles ataques repentinos por mar.

Dos veces había sido arrasada: primeramente por los quichuas, y cincuenta años más tarde, por una expedición pirata dirigida por el corsario inglés Henry Morgan.

Pasaron años de quietud y la indolente población hallaba pocos temas de qué tratar. Todo reducíase a vulgares comadreos, donde cualquier novedad era interpretada con el aderezo de mil salsas distintas que acreditaban la fértil imaginación de los ociosos.

La criolla María Antonia era muy solicitada, porque aparte de lavar esmeradamente cualquier prenda delicada, poseía siempre caudal de recientes noticias.

“La repartidora de bollos calentitos”, llamábanla despreciativamente los soldados, aunque muchos de ellos acudían a oírla.

María Antonia, mientras lavaba unas sayas que requerían extremos cuidados, sintióse halagada al observar que nada menos que doña Moncha, la esposa del corregidor y dueña de las sayas en remojo, acercábase comiendo dulces que cogía de bandeja llevada por niño de rostro aceitunado: su paje.

No era usual que doña Moncha consintiera en pasearse por el patio cuando en él estaba María Antonia, una lozana pero

pobretona lavandera.

—¿Quieres un dulce, “Mantonia”? invitó la corregidora.

El rumor propalaba que el corregidor no tomaba medida alguna que no fuera de antemano aprobada por su exuberante mitad.

—Señora, señora... —canturreó la criolla, confusa y enrojecida como una amapola.— Tengo las manos sucias... digo, llenas de jabón.

—Pablitos-dijo doña Moncha, imperativamente. —Coloca el mejor de los hojaldres entre los dientes, de “Mantonia”.



Nadie osaba rechistar ante él.

La lavandera inclinó el busto, el niño se empinó sobre la punta de los pies, y un dulce de la bandeja fue paladeado por la criolla.

—A propósito-dijo doña Moncha, empleando el “a propósito” como si fuera colofón a una extensa conversación-tú habrás ido a lavar en casa de doña Marina.

—Sí, señora. Fui.

—¿Sigue bien la señora?

María Antonia no era torpe. Comprendió...

—Muy bien, aunque con algún dolor de muelas. Pero está muy divertida, porque tiene huéspedes.

—¿Sí? —Y la curiosa afectó poco interés.— ¿Quiénes serán?

—Ella es rubia, pero pelirroja una miajita, y es hija del caballero

pelirrojo, que tiene el cuello con armadura. Parece ser, señora, que son invitados de honor enviados por el propio Almirante Diéguez en persona, que como vuesa merced sabe, es pariente de doña Marina.

—Lejano, lejano-arguyó doña Moncha. —¿Te han parecido gente de calidad?

—Han estado en la capital de Francia, en la de Inglaterra, y de muchas otras bárbaras naciones de la Europa. Y tienen castillo... Y el caballero es campechano... Bien, es un caballero cortés con toda la servidumbre.

Doña Moncha se aburría. Invitó a doña Marina a que pasara unos días en su casa de campo, donde el calor se hacía sentir menos, añadiendo por carta que también vería con agrado una juvenil compañía.

La casa de campo gustó a Gabrielle Lucientes, que en ausencia de su padre, sentíase de nuevo acometida de la melancolía del recuerdo de Cheij Khan...

Y el segundo comadreo de doña Moncha con María Antonia, tuvo lugar cuando la corregidora, en corto viaje para recoger compras, inquirió si ocurrían novedades por Bogotá.

Era la segunda vez que en temporada de dos meses, tenía ella invitadas a doña Marina y a Gabrielle Lucientes...

—Corre noticia mala, señora-dijo la criolla bajando la voz, como si conspirara.

—¿Los quichuas? ¿Piratas?

—Oh, no, señora. Es referente al caballero pelirrojo cuya ausencia tanto dura.

—Salió de viaje por el interior, y dos meses poco tiempo es, para un negocio así. Quería conocer las encomiendas.

—Es que... dicen que se enemistó con Roque Riscal.

—¡Ave María! —gorjeó la gruesa matrona, alarmada.— ¡Pobre niña! Y ella que tanto quiere a su padre! No le diré nada... hasta que no sea cierta tan fatal noticia.

* * *

Las encomiendas eran prebendas concedidas por méritos o cuna a españoles los cuales, en las vastas altiplanicies del interior de la Costa Dorada, disponían de anchas extensiones, que habían ido cultivando, empleando para ello la ayuda de los indígenas.

Había encomiendas riquísimas, de miles de leguas, con pequeños

poblados, centenares de capataces españoles, y con producto anual que suponía crecida fortuna, después de entregado el diezmo a las arcas virreinales.

Y cómo en todo negocio humano, había encomienda donde los trabajadores vivían dichosos, y otras donde eran esclavizados.

Difícil era poner remedio, porque el temor hacía callar a los indígenas cuando iba pomposamente a interrogarles algún inspector virreinal. Las encomiendas eran en realidad estados feudales, donde el encomendedero era dueño y señor de vidas y haciendas.

El renombre de cruel déspota que tenía Roque Riscal, igualaba a la fama de Creso.

Roque Riscal, robusto y mal encarado, poseía un carácter desabrido y brutal, y cuando a caballo inspeccionaba sus extensas posesiones, sumía en temblores a todos sus hacendados, aun antes de que se presentara a ellos.

Nadie osaba rechistar ante él. Contábanse en susurros algunas de las represalias tomadas por Roque Riscal...

Y Diego Lucientes, abanicándose con el tricornio tendido bajo un haz de árboles, escuchaba los comentarios de su guía indígena, Marcial: por nombre cristiano.

—...pero muchas onzas tiene Roque Riscal, don Diego. ¡Ojalá fuera tan sólo la mitad de humano que es don Társilo!

—Ese Roque no se come a los niños crudos, al fin y al cabo. Quien manda en muchos hombres debe tener mano firme.

—Poro es injusto, don Diego. Castiga con exceso...

Y el guía Marcial siguió relatando “represalias” o simplemente abusos de autoridad que se irrogaba Roque Riscal.

Cortó Lucientes la narración detallada, poniéndose en pie:

—En marcha, Marcial. Tengo ya palpitaciones pensando en el buen vinillo que debe “tonelear” ese Creso poderoso.

Encogiéndose de hombros, dio Marcial a entender qué él había hecho ya todo lo humanamente posible para disuadir al pelirrojo viajero de pedir “hospitalidad” a Roque Riscal.

* * *

Roque Riscal tenía cinco mansiones acomodadas con toda profusión de lujos, repartidas por entre las muchas parcelas que componían su encomienda

Eran sus perennes acompañantes, dos mastines de alzada

enorme, y crueles ojillos sanguinolentos parecidos a los del dueño.

El enrojecimiento de las pupilas del curtido murciano, debíase a su voracidad tanto en sólidos alimentos como en degustar variedad de vinos.

Disponíase a cenar, caído el crepúsculo, cuando uno de los indígenas anunció que un caballero español deseaba ser recibido.

Roque Riscal llegó al salón y, andando con pausada zancada, detalló al desconocido.

Si le chocó el extraño dogal de hierro que rodeaba el cuello del pelirrojo apoyándose en hombreras también metálicas, no lo manifestó. Limitóse a inclinar brevemente la cabeza.

—Permitidme presentarme, señor. Soy Diego Lucientes, madrileño. Mi afán viajero me ha hecho extraviarme, y solicito hospitalidad de un compatriota.

—Soy Roque Riscal. Supongo que el nombre os será conocido, y que habréis sido ya informado de que me pertenecen todas estas tierras. Dignaos compartir mi comida, y perdonadme si no hablo durante el yantar. No lo toméis a grosería, sino cuido de mi estómago.

—Comparto vuestra sabiduría de comensal, señor. Hablar cuando se puede comer, es pérdida de tiempo y de bocados.

La comida era copiosa, y también las garrafas de distintos vinos. Roque Riscal desarrugó el ceño cuando comprobó que el viajero era un bebedor insaciable.

La única confraternidad que, admitía el murciano, era la de los discípulos aventajados del dios Baco.

Y terminada la cena, habló por vez primera Roque Riscal:

—Como ayuda de digestión, señor Lucientes, tengo un vino viejo que puede cortarse con cuchillo.

—Afilo, pues, mi lengua, señor Riscal.

Sonrió el murciano.

—Tenéis buen cofre, a fe mía. Con bastante menos de lo que hemos bebido, quedarían tumbados muchos que de beber alardean.

—Tuve nodriza que me destetó con Valdepeñas, ese vinillo de cepa madrileña que me hizo aborrecer para siempre el agua.

—Bebedor de agua, malas ideas —sentenció, colorado el rostro Roque Riscal, mientras escanciaba el espeso vino de una garrafita.

—El vino para el rey el agua para el buey.

Tras unas cuantas ingeniosidades muy relativas, que sirvieron a Lucientes para aparentar con gran naturalidad un tosco aventurero bebedor, sintióse Riscal predispuesto a ser amable.

—Me place vuestra compañía, don Diego. A mí me gusta hablar con rectitud y claridad.

—Recto y al bulto, claro y diáfano; éste es también mi lema.

—¿Vais bien de bolsa?

—Medianejo.

—Podría yo daros trabajo aquí.

—Trabajar es una plaga enfermiza, que he procurado siempre —vitar cuidadosamente.

—Es un trabajo sólo por nombre.

—Si es así, soy un laborero frenético.

—¿Tenéis parientes o familia que os esperen?

—Treinta años ha que sólo ando.

—Entonces si nadie os espera, podéis probar lo que os voy a ofrecer.

—¿Sin cambiar de jarro?

—Tenéis buenos golpes, amigo. Sois un tunante.

—No os negaré que prefiero dar tunantada que ser víctima de ella. De virtuoso nada tengo, porque el vino está caro.

—Vos podéis ser el hombre que necesito.

—Veamos si puedo.

—¿Tenéis... remilgos?

—Asco al agua, horror al trabajo, y repugnancia a tomarme las cosas por lo triste. Esos son mis tres escrúpulos.

—Da gusto conversar con vos, don Diego.

—Estamos, pues, a gusto, don Roque.

—Vos sabéis que el ojo del amo engorda al caballo. Pero sólo tengo dos, y pese a mis capataces españoles, no puedo estar al corriente de todo.

—¿Necesitáis otro par de mirillas?

—¡Eso mismo!

—Paseando puedo avizorar muchas cosas.

—Vigilaréis sobre todo a los capataces. Por esa labor cómodamente realizada a lomos de buen caballo, os ofrezco alacena y bodega abierta y una onza diaria.

—¿Cómo estáis cierto de que puedo serviros?

—Vuestro rostro es despejado. No sois un botarate asustadizo. Tenéis buenas espaldas y doy por seguro que a muchos les habréis cavado tumba.

—Otros cavaron, pero yo proporcioné el fiambre.

—¡Magnífico! Eso es hablar con rectitud. Os prevengo que algo muy esencial es que podáis anticiparme las visitas de los inspectores virreinales.

—Descuidad.

—Veréis y oiréis muchas cosas que si llegaran a oídos del gobernador de la ciudad de Bogotá, podrían serme molestas en consecuencias. Hasta ahora lo he evitado.

—Eso tengo oído.

Roque Riscal disminuyó aún más el reducido tamaño de sus dos pupilas.

—¿Jugáis al naipe?

—Es mi lectura favorita.

—Sabréis pues que jugar a dos mesas, es perder en todas.

—Yo sólo envido en una y a todo trapo.

—¿Entendisteis la alusión?

—Si me dais confianza y en vez de evitaros engorros, voy con el soplo a Bogotá, perderé la onza diaria, a cambio de una hipotética recompensa.

—No... Perderéis, más. ¿Veis esos dos perros?

—¿Son perros? Me parecieron elefantes.

—Han devorado a más de uno que pretendió llegar a Bogotá para llevar pruebas de ciertos actos que no deseo se propalen.

—Estáis pues mostrándome el anverso de la medalla. Tengo pretensiones, señor Riscal, y me duele que me estiméis solamente digno de ser comida para perros.

—Rectitud en el trato, evita equívocos. Si os pregunté por vuestra familia, fue porque al no tenerla me servía. Si aceptáis el empleo, permaneceréis ya para siempre en mi encomienda. Quedaréis libre a mi muerte, y os daré buen legado si cumplís, satisfactoriamente.

—Eso del legado me ha llegado al alma, don Roque.

—Oiréis y presenciaréis espeluznantes escenas. Yo tengo la mano dura. Aun estáis a tiempo de partir. Cuanto podáis decir en Bogotá no sería más que rumores faltos de prueba confirmatoria.

—He decidido quedarme.
—Lo celebro. Veréis cómo os agradará ser mi secretario.
—Repámpanos... Ser vuestro secretario es cargo que me despepita.
—Dadme un pañuelo; ¿queréis?
—Es lo menos que puedo regalaros para firmar el pacto de secretariado.
Cogió Riscal el pañuelo, que ondeó ante los chatos hocicos de los dos mastines. Lo devolvió a Lucientes.
—Simplemente con esto, mis dos dogos seguirán vuestro rastro por donde sea, si pretendierais salir de los confines de mi encomienda.
—Sois desconfiado don Roque.
—Tengo siervos, pero me odian. Estoy solo. No puedo confiar en nadie.
—Hacéis bien. Yo tampoco confiaría si estuviera en vuestro cuerpo. Y ahora, que cansado vengo, ¿puedo buscar sitio donde tenderme?
—Alojaos en el pabellón de capataces. Decidles que os he contratado como escribano para pasar en limpio las cuentas.
—Escribano soy.
—Una advertencia, don Diego. Matad si queréis, robad si os place, pero olvidad por completo que las mujeres indias son mujeres.
—Repámpanos... Difícil es que confunda yo una mujer con un árbol. Me tiran las faldas...
—Allá vos con las españolas o criollas. Pero nada de importunar a las indias. Hasta hoy he evitado conflictos de armas con los indios, porque dejo en paz a sus mujeres, útiles como ellos en mis campos de cultivo.
—Queda entendido.
—De acuerdo, entonces-dijo Roque Riscal —. Creo que haremos buenas migas, don Diego.
Los dos mastines, al ponerse en pie Riscal, olfatearon gruñendo. El murciano llevóse la diestra al ancho machete que colgaba de su cinto.
Todas las ventanas de sus mansiones tenían rejilla compacta. También las puertas eran de doble madero enrejado sólidamente.

Uno de los perrazos avanzó el cuello, y, casi a rastras, acercóse bajo una de las ventanas.

El otro le imitó, para dirigirse hacia la única puerta...

—Tendeos-murmuró Roque Riscal, agazapándose tras la mesa.

Diego Lucientes ocupó un lugar junto al en comendedero.

Un estrépito repentino derrumbó un lado del enrejado de una ventana. Un saco cayó en la habitación.

El mastín ladró furiosamente al comprobar que, pese a sus saltos y a bus esfuerzos, no lograba atravesar el espacio abierto por un certero y recio hachazo.

El otro dirigióse hacia el saco, y de pronto saltó hacia atrás; erectas las orejas, y lanzando sordos gruñidos, retrocedió acobardado.

—¡*Sanguinas*! —gritó Roque Riscal estremeciéndose, y con todos los síntomas de un abyecto terror retorciendo sus bestiales facciones.

Del saco abierto sobresalían dos cintas anchas de color rojizo moteado de negro.

—¡Agua! —masculló Lucientes, con asco.

Desenroscándose lentamente, dos serpientes de ancha cabeza achatada mostraban a intervalos regulares dos lenguas partidas y filamentosas en mueca escalofriante.

Raque Riscal, el robusto aventurero enriquecido, dobló la cabeza, y cayó sin sentido, murmurando antes de caer:

—Es Luana... Sólo Luana puede ser...

Diego Lucientes, desenfundando su pistola de doble cebo, apuntó cuidadosamente, contraída la boca en gesto de repulsión.

El doble pistoletazo hizo sacudirse en sobresaltos a los dos reptiles. Al aquietarse y quedar definitivamente inmóviles, los mastines cesaron de gruñir, y acercáronse al desvanecido murciano.

Uno de ellos, pasando junto a Lucientes, rozó voluntariamente en su cabezota la diestra que sostenía aún la humeante pistola.

—¿Quién será esta Luana que como pastel de sobremesa obsequia con bicharracos tan asquerosos? Luana, seas quien seas, te tengo ya ojeriza.

Cogió Lucientes un jarro lleno de vino, y sin miramientos, más bien con violencia, arrojó su contenido contra el rostro del murciano.

—Valiente tipo-murmuró. —Se desmaya como una damisela. ¡Eh, don Roque! En pie, repámpanos... Cesó la bromita.

Y sonrió divertido, pensando en la escena que tendría lugar, cuando él revelara a Roque Riscal, el verdadero motivo de su llegada a la encomienda.

Fatigosamente, respirando con ansiedad, desorbitados los ojos, Roque Riscal permaneció tendido, aunque acababa de recuperar los sentidos.

—No temáis, don Roque. Ya los bichos no podrán picaros, porque les piqué yo.

—Adivino que me miráis con desprecio, porque me suponéis un cobarde... Pero... si supierais...

Diego Lucientes percibió que su anfitrión estaba aún bajo los efectos, de un intenso choque nervioso, extraño en hombre de aquella corpulencia y de su fama de dureza e intrepidez.

Súbitamente, Roque Riscal se incorporó después de mirar de soslayo las dos cintas rojizas inmóviles.

Y su mirada era aguda cuando, a la vez que sacaba su pistola para apuntar directamente al rostro de Lucientes, exclamó:

—¡Tú has sido enviado por Luana!

Los mastines gruñeron mientras Lucientes, con su pistola descargada, quedábase boquiabierto:

—¡Eh, amigo! ¿Te han vuelto loco las dos sanguinas? Hacia ellas debiste apuntar antes y no hacia mí ahora.

Roque Riscal, amartillando el gatillo, amenazó:

—Vas a morir, pero antes confesarás que fue Luana la que te envió aquí.

—¿No sería mejor tratar de ir a la caza de quien propinó el hachazo y largó el saco con su contenido? Empiezas a amoscarme, Roque Riscal, con tanta Luana. ¡Repámpanos! Si ni siquiera sé quién os la citada doncella o viejanca. ¿No fui yo quien soltó los dos plomos a los bichos? Recapacita, amigo. Y deja de jugar con el gatillo. Tu desmayo te ha hecho ver visiones. Si yo tuviera algo que ver con todo ese lío, ¿iba a matar precisamente a los reptiles que a ti te destinaban? Estuviste sin sentido y nada té hice, sino que, por el contrario, te salvé de ser mordido sin remedio, porque tus dos perros no querían saber nada con las rastreras. Se ve que como a ti, no les hacen ninguna gracia.

Hablaba Lucientes pausadamente, como el que trata de calmar a un niño asustado.

Su tranquilo ademán impuso serenidad al murciano, el cual abatió el brazo armado y dejóse caer sentado, murmurando:

—Luana trata de enloquecerme.

—Y lo conseguirá la tal si te dejas vencer por el pánico. Bebe un trago y las tripas se te colocarán bien. ¡A tu salud, Roque Riscal!

Lucientes alzó la copa y bebió gustosamente, sentándose después.

—Estoy rodeado de gentuza que me odia-fue lamentándose el murciano, enjugando el sudor que empapaba su rostro —. Si uno de los “pongos” de Luana ha podido llegar hasta aquí, es porque le dejaron pasar, ya que muchos son los que tengo rodeando la casa donde resido temporalmente, para que me guarden. Pero uno de los “pongos” de Luana o quizá ella misma ha pasado. Daría la mitad de mi fortuna a quien terminara con esta pesadilla.

—Vamos por partes, Riscal. ¿Qué es un “pongo”? ¿Quién es Luana? ¿Por qué te causan tanto pavor los reptiles?

Capítulo III

La Amazona

En los primeros días de la ausencia de Diego Lucientes, Gabrielle no echó de menos excesivamente al autor de sus días.

Santa Fe de Bogotá, la bella ciudad llanera, plena de sutil encanto, le ofrecía nuevas y continuas distracciones.

Las estrechas calles, de estilo netamente sevillano, donde las rejas de las ventanas velaban tras tapices de flores, sonrisas de enamoradas...

El cortés empaque y arrogancia de los caballeros criollos, dados al vestir suntuoso; las carretelas en las que, descubiertas, paseaban las bellezas colombianas...

Toda la novedad y el rancio sabor de la más vieja capital sudamericana, con sus casas antañonas, fue distrayendo a Gabrielle Lucientes los primeros días.

Después, la invitación de doña Moncha y el traslado a la casa de campo, verdadero palacio donde la corregidora, con indolente afectuosidad, las hacía considerarse dueñas de todo, hizo que pasaran otros días.

Pero lo que la compañía de Diego Lucientes primero, la bondadosa rudeza del El Pirata Negro después, y la inteligente actitud de Mireya de Ferjus habían logrado, iba desvaneciéndose al encontrarse ella sola.

Volvía a su mente la añoranza y la melancolía, plasmando el recuerdo de Cheij Khan.

Cuando hubo transcurrido exactamente sesenta días desde la partida de Diego Lucientes, aumentó en ella la inquietud por aquella tardanza.

—No os debéis preocupar, mi niña —dijo doña Moncha, al

reiterar ella su preocupación ante la prolongada ausencia de su padre—. Don Diego se hallará a placer en las varias encomiendas que fue a visitar y la hospitalidad de los encomendederos es tanto más difícil de evitar, cuanto que aceptan con gran gozo la llegada de algún viajero y más si es ameno como lo es vuestro padre.

Y apoyó doña Moncha su comentario con un suspiro elocuente, al evocar mentalmente las dotes del fascinante pelirrojo.

Pero a Gabrielle Lucientes, conocedora del inquieto carácter aventurero de su padre, se le antojaba que algo debía haberle sucedido en su arriesgado viaje al interior.

Salió ella una mañana, como de costumbre, a efectuar su cotidiano paseo a caballo, que para regocijo de doña Marina y al principio para escándalo de doña Moncha, lo realizaba vestida con ropaje masculino, casaca, calzas y botas, prendidos los cabellos en redecilla oculta bajo el chambergo.

Y de pronto espoleó el caballo lanzándolo hacia la capital, donde al poco tiempo logró dar con el paradero de Marcial, el indígena guía, que había acompañado a su padre en la expedición.

Las respuestas evasivas de Marcial, su evidente desasosiego, conturbaron aun más el ánimo de la muchacha.

Y como viera que nada en limpio iba a sacar preguntando, recurrió a un procedimiento sinuoso pero eficaz.

Adoptó un aire indignado, para decir:

—Me temo, Marcial, que si no eres más explícito, tendré que informar al gobernador en persona. No sería la primera vez que un guía, en apariencia amigo de los españoles, extravía a un caballero para entregarlo a los indios salvajes.

Marcial, ante aquella acusación, irguió su corta talla, con majestuosa indignación:

—Yos no podéis decir tal cosa de Marcial, mi señorita. Ni vos ni nadie puede acusar a Marcial de traición.

—¿Qué otra cosa creer?

—Por San Marcial y la Virgen Santísima declaro que la verdad es que yo dejé a don Diego, que mucho me apreciaba y yo le correspondía, en la hacienda de don Roque Riscal. Que después él me despidió., diciéndome que ya no me necesitaba y que sabría regresar a solas. Yo obedecí porque el señor don Diego mandóme. Y esta es la verdad, mi señorita.

Apaciguó ella al indígena, demostrándole que su acusación no había tenido más objeto que sonsacarle la verdad del paradero de su padre, y añadió:

—¿Dista mucho la hacienda de don Roque?

—Leguas, y leguas al interior, mi señorita.

—Condúceme allí.

—Peligroso es el viaje, mi señorita, para hombres, tanto más, pues, para doncella.

—Guíame.

—Esperad, mi señorita, tres días; entonces, libre quedaré. Porque hoy tengo servicio para fuerzas de soldados que a castigar van la rebeldía de los quiranguias. El miércoles de regreso estaré, porque sólo los llevo a la linde de la comarca. Y el miércoles, con gran devoción, os conduciré mi señorita.

Fingió ella acomodarse, despidiéndose.

Lo cierto, es que con audaz decisión, emprendió ella sola el viaje. Por el camino iba orientándose merced a los voluntarias informaciones de algún que otro caminante.

Semejaba un adolescente y nadie pudo adivinar que fuera ella mujer lanzada en arriesgado viaje.

A medida que la vegetación iba espesándose, Gabrielle Lucientes esforzábase en vencer la impresión de angustia que la soledad entre la floresta le producía, Pero estaba dispuesta a sobrellevarlo todo, con tal de salir de dudas.

Y una semana después, llegaba al lugar donde, según varios capataces españoles habíanle informado por el camino, estaba la morada donde actualmente residía don Roque Riscal.

El murciano la recibió en el salón, creyéndola caballero que en viaje de inspección venía.

Ella, con ansia de averiguar prontamente lo sucedido, inquirió, rectamente:

—Soy Gabrielle Lucientes y he venido a reunirme con mi padre, don Diego Lucientes, porque ha tiempo que estoy sin noticias de él. Temo que algo le haya sucedido, ya que ni siquiera envióme un emisario con noticias suyas.

Los ojillos de Roque Riscal estrecháronse hasta parecer una pérfida rendija acechante.

Y Gabrielle Lucientes sintió un miedo real y razonado, al oír la

amenazadora inflexión de voz con que Roque Riscal dijo, inesperadamente:

—¿Con que eres tú, mocosuela, la hija de ese endemoniado perillán de Diego Lucientes?

Retrocedió Gabrielle un paso, echando mano a la empuñadura de su espada, desafiante el busto:

—¡Aquí no hay más endemoniado grosero que tú mismo! Dime presto qué ruindad cometiste con mi padre, que informes he obtenido de ti poco halagüeños.

Rió el murciano con sorna, brillantes los ojillos de maldad:

—Aquí vas tú a quedarte y bien guardada, mocosa, que nadie puede burlarse impunemente de Roque Riscal.

Avanzó él dos pasos y saltó hacia atrás sorprendido, porque en la diestra de la amazona, con rápido ademán, acababa de refulgir la vibrante hoja de acero.

—Envaina, chiquilla, o mal te va a pesar...

—¡A ti, malandrín, te va a pesar!

Y cargó ella espada en alto, obligando a correr al murciano, que, mientras procedía a su precavida huida, desenvainó también, encolerizado para atacar fieramente con el propósito de desarmar en un santiamén a la imprudente mozuela.

Y, sorprendido, comprobó que su fuerte brazo avezado a la lid esgrimista hallaba resistencia en el hábil manejo con que, —no sólo Gabrielle Lucientes defendíase sino atacaba con persistente acopio de toda suerte de estocadas y fintas peligrosas.

Y súbitamente, boquiabierto, contempló Roque Riscal, íntimamente avergonzado, como su espada saltaba de su diestra y en su cuello sentía el arañazo de la punta del acero esgrimido por la muchacha belicosa.

—¡Ríndete, mal hombre! ¡Confiesa lo que has hecho con mi padre. Dime pronto dónde se halla... ¡o te perforo, malandrín!

Para otro espíritu que no fuera el de Riscal, habría sido graciosa la actitud de perdonavidas de la amazona.

Pero el murciano no era hombre propenso a humorismos estando en juego su piel.

Silbó agudamente por dos veces y dos grandes mastines abalanzáronse al interior del salón, con ladridos escalofriantes.

Reiteró Roque Riscal el silbido y los perros detuviéronse,

rozando con sus belfos rígidos, las botas de Gabrielle Lucientes, que sintió verdadero pavor

—Envaina mocosa, o mis perros te harán pedazos. No vacile... o no podré contenerlos.

Descendió ella el arma y Roque Riscal, señalando a la asustada amazona, ordenó a dos indios que en el umbral aparecieron:

—Llevadla al sótano. Es mi prisionera.

Capítulo IV

Camino de redención

Cheij Khan consultó la carta marina extendida sobre el tablero del cuarto de maniobra.

La noche ecuatoriana era densamente negra.

Tartar acababa de ordenar arriar velas y mantener al pairo la nave “Islam”.

—Es pues, el cercano puerto el de Buenaventura, camino natural para entrar en Bogotá, ascendiendo por el Magdalena. Eso dice la instrucción del cartógrafo. Debo ir a Bogotá, Tartar. Es quizá allí donde hallaré el camino de mi redención… o regresaré dispuesto a sembrar la muerte a mi paso. Tú me respondes del “Islam”. Rehúsa combate, o ataca si provecho ves en ello. Fío en tus dotes de experto hombre de mar.

—Sin ti al frente, el “Islam” no debe atacar, capitán Cheij.

—Si mi ausencia durara más de treinta días y no tuvieras mensaje mío, puedes dar al “Islam” el rumbo que más apropiado te parezca. Mi ausencia significará o muerte o felicidad.

De ambas quiero saber, capitán Cheij. Si de tu muerte, para ventarte; si de tu felicidad, para alegrarme.

A poyó Cheij Khan la diestra en el ancho hombro desnudo de su lugarteniente:

—Amigos, Tartar.

—Amigos, capitán Cheij.

—Si apareciera el “Aquilón” por tus cercanías, huye. Mientras no esté yo a bordo, el conde Ferblanc no debe dar con la estela del “Islam”.

Cheij Khan, después de vestir ropas europeas de severo y distinguido corte, pasó al camarote donde Mireya de Ferjus

entretenía el largo tiempo, escribiendo con toda minuciosidad, la historia de su vida, a partir del instante en que apareció por el castillo de Ferjus, un audaz pirata de bronca carcajada insolente…

—Hemos llegado a puerto, Mireya —Dista la costa más de tres millas, Cheij.

—Es puerto para el “Islam” el mantenerse al pairo, mientras yo no sepa cuál anclaje le conviene.

—¿Vas a tierra, Cheij?

—Sí.

Mireya de Ferjus, adoptó un continente apenado;

—Tarde o temprano el conde Ferblanc te dará frente, “Chacal” No permitas que el león esté agraviado

—No temes por mí, sino por él.

—Por los dos.

—Sé que no mientes. Sé que o cierto que Gabrielle vive, porque me lo has jurado. Iré al lugar donde dices reside.

—Yo sé, Cheij, que no cometerás maldad. Por eso, voluntariamente, te di informe de su residencia, informe que por las malas, no habrías obtenido.

Los ojos de Cheij Khan eran soñadores cuando murmuró:

—Voy hacia mi redención o hacia mi pérdida. Pero no habrá daño para Gabrielle… porque tu bondad la ampara. He pensado mucho durante el largo viaje, Mireya. Es cobardía tener presa a una mujer para atraer a quien la quiere. Si supiera que el sufrimiento sólo anida en el alma del conde Ferblanc, aquí quedarías. Pero he visto que valientemente sufres callada… ¡y que sea ésta mi última acción buena si el destino no me permite redimirme! Vas a ir a tierra conmigo, Mireya. Tocando puerto, te irás, o permanecerás a la espera de tu esposo. ¡No digas nada! Ven…

En la lancha remada por tres joasmes vestidos de marinos españoles, conservó silencio Cheij Khan.

Sólo cuando la lancha quedó amarrada y ofreció él su mano a la esposa del Pirata Negro volvió a hablar Cheij Khan:

—Ahora, nuestros caminos se separan, Mireya. La noche no permite divisar bien nuestros semblantes. Por eso, puedo decirte que has ejercido en mí influencia buena. Pero no deduzcas de ello que abandono mi propósito de venganza. Cuando me halle frente al conde Ferblanc, vencerá el más fuerte… y soy yo.

Iba ella a replicar, pero ya desapareciendo en la obscuridad, Cheij Khan habíase alejado a paso apresurado.



—Voy hacia mi redención.

* * *

El delegado del gobernador en Buenaventura, recibió con

grandes muestras de deferencia a la visitante.

—Bienvenida, señora marquesa. Es para mí grato el recibiros, ya que hasta aquí han llegado la nombradía y el buen eco de las gloriosas hazañas de vuestro señor esposo, el conde Ferblanc.

Explicó brevemente Mireya que habiendo sido raptada y teniendo por seguro que el "Aquilón" iba en pos del navío raptor, deseaba que el delegado hallara medio expeditivo del comunicar al conde Ferblanc que estaba ella segura y a salvo en Bogotá, residiendo en casa de doña Marina, la familiar del almirante Diéguez.

Prometió el delegado escolta para ella hasta Bogotá y mandar avisos a lo largo de la costa para que hacia el Sur, y al ser divisado el "Aquilón", le fuera entregado el mensaje que estaba ella escribiendo con febril animación.

—Sabéis, señora marquesa, dónde ha buscado refugio el pirata que os raptó?

—No.

—¿Quizá en Aguas Revueltas?

—Ignoro a dónde fue. Supongo que partiría de nuevo hacia el Sur, para regresar al Caribe.

—¡Ojalá así sea! Porque por estas costas abundan en demasía los maleantes del mar.

* * *

Rebasada la línea del Ecuador y en ocasión de hallarse Carlos Lezama oteando incansablemente el horizonte ante él, en infructuosa búsqueda del "Islam", "Cien Chirlos" tosió gravemente.

Abandonó Lezama su escudriñar, para inquirir:

—¿Qué novedad, viejo?

—Si no me engaño, señor...

—Te he dicho ya que aquí no hay para ti más señor que mi nombre de pila.

—Me cuesta, señor...

—Tate con el borrico. ¿Te da repugnancia mi nombre?

—¡Oh, que no... Carlos! Pero es que me parece mucha confianza esa, ya que soy tu segundo y...

—AI grano, so mulo. ¿Qué novedad?

"Cien Chirlos", señaló con el catalejo hacia la costa:

—Allá en aquel promontorio hay varios tipejos vistiendo paños

de soldado. Y uno de ellos agita banderín haciendo letras. Y he leído tu nombre...

—¿Mi nombre?

—Bueno... Carlos... He leído eso de “conde Ferblanc” y la señal de mensaje.

—¡Lancha presta! ¡Envía a recoger

Media hora después, tres piratas regresaban a bordo, entregando mensaje, que leyó ávidamente el Pirata Negro.

Su risa brotó tan alegro, que “Cien Chirlos" rió satisfecho, al igual que los otros tres piratas.

Pero al mirarle seriamente el Pirata Negro hizo lo mismo “Cien Chirlos” con los otros tres, que entonces pusieron semblantes impasibles.

—¡De nuevo para allá, bellacos! —ordenó Lezama—. Y llevad esas líneas a los soldados. Líneas en las que acuso recibo de gratas nuevas.

“Cien Chirlos”, impaciente, deseaba saber el contenido de las noticias que habían producido en su ídolo tanta natural y espontánea alegría repentina, desarrugando el ceño que frunció su frente todo el largo viaje en pos de “El Chacal”.

Pero hasta la hora de la comida no lo supo.

—Toma, lee, viejo... Tu maestro, escribe. Lee en voz alta, que quiero oírlo otra vez. Quiero oír su voz a través de tu gaznate.

“Cien Chirlos” lentamente, con pronunciación esmerada, porque para él la lectura era una diabólica dificultad, fue leyendo

> “En Buenaventura, en el año de 1722, en noche feliz de un quince de septiembre y en el despacho del señor delegado del gobernador de la comarca Santa Fe del Bogotá y dependencias del Magdalena, Apurna y Cuenca Baja del Orinoco:
>
> “Largo es el exordio, mi Carlos amado...”.

—Avante, viejo. No te sonrojes por entrar en intimidades, que sonrojado estoy yo por saberme Carlos amado...

> “Largo es el exordio, mi Carlos amado, porque deseo

que sepas dónde estoy ahora. Descansaré y al amanecer partiré escoltada hacia Bogotá, para reunirme con Gabrielle en casa de doña Marina,

"Tú conoces la historia de Cheij Khan, «El Chacal", tal como nos la refirió Diego. Pero yo ahora le conozco bien. No es malvado por naturaleza, Carlos. La fatalidad es la culpable de que siguiera su actual derrotero. A instantes, cuando me hablaba, era un niño que se esfuerza en ser malo porque no cree que la bondad tenga recompensa ni produzca satisfacción.

"Con brusquedad me anunció que calificaba de cobardía el retener prisionera a una mujer para luchar con el hombre por ella amado. Y a veces me daba la impresión de estarte oyendo, Carlos. Como tú, quiere ocultar sus sentimientos buenos, pensando que son síntoma de debilidad.

"Va en busca de su camino de redención. Ya en busca de Gabrielle. Te suplico que tencas la grandeza del león que bosteza misericordioso si un chacal le reta. No pelees con Cheij Khan, Carlos No merece morir. Tengo la certidumbre de que fue un error el acusarle de muertes que no cometió... Comprendo que todo parece acusarle pero él sabrá defenderse ante Gabrielle y Diego.

"Si te tropiezas con Cheij Khan, piensa en mí. Lucha porque él luchará, pero déjale en vida, déjale buscar su redención.

"Abraza a don Marcelo, y hasta pronto, mi Carlos.

"Tuya eternamente,

"Mireya"

—Abrazado quedas, don Marcelo. ¿Te has enterado bien del contenido de la carta?

—De "ce" a "zeta", señor.

—¿Qué haré con el chacalillo?

—Darle paliza, señor, pero... puso ni libertad a tu esposa, mi señora. Fue mejor que el Leblond. No es pirata de carroña. Tiene algo de perdón.

—¿También tú, blandengue? ¿No dio muerte a tres hombres que

ningún mal cometieron y no intentó desnucar a don Diego?

—Oh, a veces, la sangre bulle y… pues, se escapa la mano.

—Eres un infecto criminal, don Marcelo. Yo reconozco que “El Chacal” se ha portado casi caballerosamente con mi tormento, pero eso no le salva. Le daré muerte noblemente y… casi con afecto.

—¿Por qué, señor?

—Por su culpa, estuve a punto de morir en los cañaverales. Por su culpa he pasado días y noches de angustia mortal. Por su culpa, peligran Don Diego y Gabrielle.

—Dice… mi señora, tu esposa, que busca camino de redención… Y tú lo hallaste en Mireya de Ferjus. ¿No puede él hallarlo en Gabrielle Lucientes?

—¡Vaya! Ya tiene “El Chacal” a dos defensores: Mireya y tú. Pero aquí quien decide soy yo, ¿estamos? Yo no soy un viejo blandengue que se siente benévolo porque Mireya está a salvo, olvidando ya lo anterior. Mireya es un ángel que inspiraría acciones honradas al mismísimo Satanás. “El Chacal” quiere mi piel. ¡A por la suya iré yo, se meta donde se meta! Al llegar a Buenaventura, tú olfatearás hasta dar con la pista del “Islam”. Iré yo a Bogotá, que allá obtendré frescas noticias del mozuelo. ¿Queda entendido?

—Queda, señor —replicó reticente, “Cien Chirlos”.

Sonrió Lezama.

—Te huelo, aragonés. Pensando estás que amparado por las faldas de Mireya y de Gabrielle, “El Chacal” estará redimido y no habrá pelea, que disgustaría a mi tormento. Un cuadro de familia, ¿no, viejo? Todos felices…

—¡Sí, señor! Ese mozo no le he echado el ojo encima, pero está siendo de mi agrado. Dio buen trato y libertad a tu esposa mi señora, siendo como era pirata perseguido. ¡Como habrías hecho tú mismo… Carlos!

—Tate… ¿A que él es un angelito y yo rezumo azufre por las pezuñas?

—Yo en Buenaventura… daré con el “Islam”… y al lugarteniente lo' deslomo, y después hundo el “Islam,” y asunto terminado, señor, mientras tú decides lo mejor allá en Bogotá.

—Eso es. Yo decidiré lo mejor allá en Bogotá.

* * *

María Antonia, la criolla, era extremadamente sensible al buen

aspecto de los caballeros.

Y mientras lavaba en el patio de la casa de doña Marina, redondeó los ojos admirada, contemplando con arrobo la figura del que al otro extremo del patio, quitándose el chambergo, avanzó hacia el lugar donde ella se hallaba.

“Buena planta, esbeltez de recio acero toledano, mirada acariciante”, fue calificando María Antonia, la experta. “El mismísimo dios Apolo”, añadió mentalmente, recordando el libro de imágenes del Corregidor.

Y se ruborizó sin poderlo remediar, cuando el desconocido, chambergo en mano, preguntó con voz “también acariciante”:

—¿Es esta la mansión de doña Marina?

—En ella estáis, caballero. Pero ausente está la señora. Fue a pasar días en el campo con doña Moncha, la corregidora.

—Entonces... si vos tenéis la bondad de indicarme dónde se halla la casa de la señora corregidora, os quedaré sumamente agradecido, señora.

Halagada por el tratamiento, María Antonia sintióse dispuesta a demostrar que era abundante fuente de informaciones.

Le dolía que el hermoso y varonilmente atractivo desconocido se marchara ya.

Secóse las manos, y brindó:

—¿Os traigo refresco, señor? Veo por las huellas de polvo en vuestras botas que habéis efectuado largo viaje.

Cheij Khan apoyóse contra el reborde del pequeño estanque. Estaba dispuesto a obtener informes y comprendió que la lavandera era moza parlanchina.

—Os agradezco la gentileza, señora.

—No soy “señora” —contestó ella sonriendo—. Soy la lavandera del barrio.

—No por eso menos dejáis para mí de ser dama y gustoso acepto un vaso de fresca agua.

Bebió él, contemplando con enarbolado arrobo por la criolla, que insistió:

—Debisteis galopar por enteras horas, señor.

—En efecto-mintió Cheij Khan, con su aparente sinceridad inapelable —. Procedo de Puerto Colombia, de donde mensaje, traigo para doña Marina y su invitada.

—¿Y mucha prisa lleváis, señor?

—Juzgad vos misma si os digo que hace mucho tiempo que espero el momento de verme ante la invitada de doña Marina.

María Antonia, con popular sagacidad, intuyó amorío entre el apuesto mancebo desconocido y la doncella pelirroja.

Miróle con semblante de consternación, preguntando precavida, a la vez que apenada:

—¿Acaso es vuestra prometida la señorita Gabrielle Lucientes, caballero?

—Acertasteis. Lo es.

—Tengo... miedo entonces de...

Cheij Khan, dominando su ímpetu repentino, procuró dar a su tono una inflexión suave:

—Decid sin temor, sea cual sea la infausta nueva. Preparado estoy a que un horizonte que esperaba de amanecer vuelva a convertirse en obscura noche.

—Os quería evitar pena, señor, pero también si os ahorro el viaje hasta la casa de doña Moncha, ganaréis tiempo y yo os puedo explicar lo mismo o más que sepan las dos señoras.

—Abreviad, pues, que la impaciencia me consume.

—Cualidad propia de los enamorados. Sabed que vino aquí doña Gabrielle acompañando a su padre don Diego, un caballero campechano y jovial siempre bienhumorado.

—Conozco a don Diego. Seguid, por favor.

—Sólo permaneció dos días aquí don Diego, partiendo hacia el interior, donde quería conocer las encomiendas y costumbres de los naturales. Le sirvió de guía Marcial, el cual regresó sin él, diciendo que don Diego habíase quedado a residir con don Roque Riscal. Pero pasaba el tiempo y la señorita Gabrielle no tenía noticias de su padre. Hay quien cree que Roque Riscal le diera muerte porque el encomendedero murciano es alma mala... con perdón sea dicho. Lo cierto es que, según Marcial, que hizo otro viaje, corría el rumor de que don Diego había perecido muerto a manos del señor Riscal. Otros decían que don. Diego "cayó". Y así la cosa, la señorita Gabrielle, que no pudo dominar más su impaciencia de hija, partió sola, vistiendo ropas de caballero, y ha pasado ya medio mes, sin que hasta el momento noticas se tengan de ella.

—¿Sabéis o dijo Marcial si tiene barruntos de dónde fuera la

señorita?

—Suponen que a una de las haciendas de Roque Riscal.

Tras dar gracias a la lavandera, salió Cheij Khan. Y alejóse a todo galope, después de indagar de la propia María Antonia, cuál era el punto cardinal hacia el que estaba encavada la encomienda de Roque Riscal.

Había olvidado preguntar lo que significaba el modismo “caída” con referencia a Diego Lucientes, el hombre que, inconscientemente, con uno de sus sempiternos lances, iba a reunir al león y al chacal.

Capítulo V

La "caída" de Diego Lucientes

Ningún hombre, aun el más sensato, puede prever dónde un hecho inesperado cambiará momentánea o para siempre el rumbo de su existencia, modificándola profundamente.

Y si este hombre se llama Diego Lucientes, el juvenil temperamento para quien en balde pasaban los años sin traerle mayor experiencia, menos previsible es el resultado de acciones emprendidas por simple afán curioso.

Tras preguntar a Roque Riscal, lo qué era un “pongo”, por qué tenía tanto miedo de las serpientes y quién era Luana, sintió Lucientes una repentina curiosidad por conocer a Luana, por lo que intuyó a través de las explicaciones tendenciosas del murciano.

Roque Riscal creyó que el aventurero se disponía a librarle de la mortal amenaza de la criolla de la cumbre del manantial, y despidióse de él, al amanecer siguiente, en términos cordiales.

No pudo impedirse Lucientes una broma de despedida de obscuro significado para su anfitrión:

—Cuando regrese, don Roque, se os irá el susto de las serpientes, y os proporcionaré yo nueva ocasión de divertiros. Abur.

Cabalgó el madrileño en dirección a una lejana montaña, que aislada y enhiesta elevábase en la linde del horizonte.

“No había pérdida”, como le manifestó Roque Riscal. Bastaba con seguir el curso del río Barinas en dirección contraria, hasta remontarlo, hallando su fuente.

Y en la cima de la montaña cubierta de verde vegetación florida, vivía independiente y montaraz la que llamó Riscal “Luana, la hechicera”. ,

Fueron tres días de viaje, en que a instantes tenía Lucientes que

apearse, para con daga, abrirse paso cortando lianas.

Seguía la orilla del río y por dos veces tuvo que dar nueva carga al doble cebo de su pistola: dos gatos monteses, un caimán y una gigantesca serpiente, quedaron inmóviles, después de los certeros disparos del madrileño, que defendióse así del ataque consecutivo de los que viéronse molestos por la presencia de extraño ser en sus dominios selváticos.

A medida que ascendía por la montaña solitaria, Diego Lucientes oreaba su frente sudorosa con la frescura que emanaba de la serie de cascadas en que el río naciente iba despeñándose lomas abajo, prodigando miríadas de espuma salpicante.

Y tal como le advirtió Roque Riscal, llegaba a la cuarta cascada que, majestuosa, desparramábase en elevado salto, cuando un “pongo” le salió al paso, mientras otros dos permanecían tras peñascos, sosteniendo amenazadores sus azagayas.

El “pongo”, indígena libre, habló en español dificultoso.

—Tú no avanzar más, blanco de rojas crines.

—Muchacho… Me estás llamando caballo, siendo yo mulo. Mis crines son cabellos.

—Tú dar vuelta e irte. Pronto. Obedece.

—Llevo carta de don Roque Riscal para Luana. Por eso me he atrevido a ponerme a tiro de vuestras lanzas. Os vi desde hace rato, y he seguido andando sin que mi escupe-fuegos hablara. Esto demuestra que no llevo intenciones malas.

—Tú quedar aquí. Yo hablar con jefe Luana.

—Bueno. Habla con jefe Luana y aquí me quedo yo.

Un cuarto de hora después regresaba el “pongo”, que con su azagaya hizo un ademán:

—Sigue.

—Sigo.

—Tu caballo, no.

—Donde va el amo va el penco, muchacho. Mi caballo es como una prolongación de mis dos patas.

—Tu caballo, no.

—Bueno, hombre, no te enfades por eso. Pero cuidadme bien mi “Rocinante”.

—Jefe Luana no quiere caballos arriba. Ella decidirá suerte de tu caballo.

Tras la octava cascada cesaba el sendero de ser empinado, para entrar en ancha explanada.

Veíase que la mano del hombre había acondicionado la naturaleza. Los gigantescos ceibas formaban ancho círculo de árboles alrededor de una casa de blancas paredes cegadoras.

—Allí vive jefe Luana. Tú seguir solo. Ojos te vigilan, blanco de roja crines.

—Y dale con mis crines. Son rizos, muchacho.

—Ojos te vigilan desde las copas de ceiba y lanzas morderán tus carnes si mal piensas.

—Mis carnecitas son muy de mi agrado para exponérmelas yo así como así.

Siguió andando Liego Lucientes hasta que se detuvo ante una mujer de delicado aspecto, la cual, sentada en el asiento natural que formaba un tronco de ceiba, mirábale escrutadora.

Era aun joven. Vestía holgada túnica de colores varios y alrededor de sus negros cabellos libres y flotantes, una cinta roja anudábase prietamente.

El sol había bronceado su epidermis, por lo que deducíase de sus pies desnudos en sandalias, su rostro y sus manos.

Emanaba de ella una sensación de serenidad y reposo.

—Vuestro servidor, Luana-saludó profundamente el madrileño, quitándose el ladeado tricornio —. Diego Lucientes a vuestros lindos pies de gran “jefa”.

—Si quieres sentarte, hazlo.

Hablaba ella reposadamente, a la par que señalaba un rústico escabel de los muchos que formaban círculo alrededor del tronco vaciado del ceiba.

Sentóse Lucientes, abanicándose con el tricornio.

—Estás en los dominios de los libres “pongos”, español. Yo soy la criolla Luana y detesto la mentira, la deslealtad y la codicia, esas tres lepras de los civilizados.

—Poco tengo yo de civilizado, y también detesto esas tres lepras que citas.

—Trae, pues, la carta que dijiste portar.

—Bueno... Era mentira... Quería hablar contigo.

—Tus cabellos te han rendido, español. Tú eres el hombre que estaba la noche en que uno de mis “pongos” arrojó dos serpientes.

Tú las mataste, salvando al perverso.

—Las maté porque las sanguinas podían equivocarse y pegarme bocados a mí, que soy inocente de toda perversidad, Luana.

—Tu primer paso en mi montaña lleva el sello del embuste. Has mentido.

—Reconozco mi mentira. Perdonado estoy, pues.

—¿A qué han dirigido tus pasos aquí?

—Curiosidad.

—¿Solamente curiosidad?

—Es raro, Luana. Pero hay en ti fluido.

—¿Qué es lo que llamas fluido?

—Caracteres que por bondad o cualidades elevadas exhalan mágico sortilegio. Hay en ti despego de todo lo humano. Pareces habitar en un cielo especial.

—Mi cielo es la paz con mi conciencia.

—Repámpanos... Acomodaticia es tu conciencia, si enviando a diestro y siniestro bicharracos de lengua mortal, te quedas tan ufana.

—Roque Riscal, el perverso, debió decirte quién soy.

—Me ofreció la mitad de su fortuna para darte muerte.

—Primera sinceridad de tus labios.

—La segunda y las muchas que oirás si hacemos amistad, es que yo desprecio el dinero y que a Roque Riscal no le hago el menor favor, aunque me dé toda su fortuna amasada con sudores de infelices aterrorizados.

—Cuando en ti confió él, por algo fue.

—Vayamos a por otra sinceridad. Me tomó por un bala perdida, un “cantamañanas”, un tarambana dispuesto a todo por cuatro litros de vino peleón.

—¿Eres amante del vino?

—La cepa prensada es mi amante favorita.

—Tu rostro tiene rasgos de truhán

—Truhán nací, pero no siempre lo soy.

—¿Por qué viniste?

—Entre las muchas cosas que me dijo Riscal, hubo una que me cosquilleó. Dijo que los “pongos” llamaban a tus montañas el “paraíso sin sombras”. Estos árboles las dan, pero supuse que lo de sombra se refería a esas picaduras de mosquito que ensombrecen el

diario vivir del ser humano. Y tantos caminos he andado buscando inútilmente el paraíso en la tierra que decidí visitarte.

—La mujer es el paraíso del hombre en la tierra.

—Lo siento mucho, Luana —y agitó cómicamente Lucientes la mano derecha cubierta por manopla azul—. Soy galante, pero mi hartura amorosa me hizo llegar a la llana conclusión de que la mujer es antesala de paraíso al conocerla, sospecha de paraíso al... mejor conocerla..., y, después, infierno de pequeño fuego lento, compuesto por aburrimiento, enojo y hartazgo.

—El oro.

—El oro da quebraderos de cabeza. Hay que guardarlo celosamente de los ladrones. Empalidece uno si oye pasos en la noche. Siempre teme perderlo. Para mí, andar con la bolsa vacía es lo más seguro. La peor muerte es la de que, al espichar, piensa que en su bolsa lleva aún oro sin gastar.

—La gloria.

—El rebuzno de los asnos borregos se convierte de halagador en ladrido de can cobarde, cuando deja uno de saber soportar el pesado cetro de gloria...

—¿Qué ilusión, pues, conservas tú en la vida?

—Todas y ninguna. Bebo una copa, y la paladeo. Conozco una mujer y le hago el amor. Gano una partida de naipes, porque echo el as con tiento y a tiempo, y me alegro. Pero nada me entusiasma ya. Todo es juego para mí.

—Juego que puede ser de muerte en ocasiones.

—Es lo único que me falta por conocer: la muerte. Y no tan mal se debe estar por el otro mundo, cuando ninguno de los que allá se fueron ha vuelto para protestar.

—Tu cara y tus frases denotan lo que los españoles llaman “un sinvergüenza”.

—Ese soy yo, y a mucha honra, que no lo es quien quiere, sino quien puede...

Por vez primera un asomo de sonrisa distendió los delicados rasgos bronceados de la criolla.

—¿Tienes sed, Diego Lucientes?

—Según y cómo.

—¿Qué significado tiene tu respuesta?

—Sed tengo..., pero si tu paraíso lo es porque brota aquí el puro

y cristalino manantial de infecta agua, renuncio a tomar la bebida del paraíso.

—Agua tengo..., pero ardiente. Agua que te dará ligereza de pensamientos. Es jugo de cañas que crecen en la ladera poniente. Quien la bebe, goza de sueños deliciosos.

—Trago... —dijo el madrileño, sonriente—. Pero déjame bautizar de otro modo tu agua de ardor.

Luana dio unas palmadas y un pongo acudió para irse y regresar prontamente llevando una calabaza hueca, que dejó a los pies de Diego Lucientes.

Éste la recogió, sacudiéndola.

—Esta es el agua ardiente.

Aplicó Lucientes la boca en el trozo de caña que servía de grifo, y bebió unos instantes.

Depositó la calabaza en el suelo nuevamente, y exclamó:

—¡Repámpanos!... Esto es un cordial magnífico... Pasa por la garganta como si fuera caricia de mano femenina...

—Es traidora... como mano de mujer, Diego Lucientes.

—¡Bah!... La borrachera alarga la vejez... Este líquido especial que está dándome gratas cosquillas, en la boca lo denomino, con tu permiso “néctar del paraíso entrevisto”.

—¿Qué te contó Riscal, el perverso?...

—Es un cotilla, un chinche dado al comadreo. Dice que tú eres su hijastra, y que le robaste su herencia.

—Su boda con mi madre fue el primero de sus crímenes. Era entonces solamente un aventurero con pequeña encomienda.

—Murió tu madre, y te fuiste tú llevándote la herencia.

—Me pertenecía. Un día mi madre amaneció muerta; rodeaba su cuello una sanguina, y lo achacaron a desgracia, pero fue él.

—Dice el murciano que tú le quieres dar muerte porque así heredarás su fortuna. Y que empleas sanguinas porque él tiene mucho miedo a las rastreras.

—¿Por qué no me delata él a las autoridades españolas?

Bebió Lucientes otro largo trago, chasqueando la lengua complacido antes de contestar:

—Según él, porque es asunto de familia.

—Porque sabe que puedo demostrar que él mató a mi madre.

—¿Por qué no le denuncias?

—Soy criolla, y él es español.

—La justicia... —empezó a decir Lucientes, incrédulo él mismo.

—Prefiero tomármela por mi mano.

—De acuerdo.

Sorbió de nuevo Lucientes, paladeando con verdadero éxtasis aquel líquido de sabor tan grato y desconocido...

Ella miróle, sonriendo dulcemente.

—Eres imprudente, español

—Para eso soy español, porque me pongo a reflexionar después de actuar, ¿Dónde está mi imprudencia?

—En tu modo de beber. Pero, sobre todo, en tu venida aquí, confesando lo que sabía ya: que viniste dispuesto a servir de brazo ejecutor a Roque Riscal.

—Yo no sirvo de brazo a nadie. Mi cualidad esencial, que tú calificas de imprudencia, es la que me salva. Se ve enseguida la corteza de que estoy hecho: podré parecer alocado y serlo, pero no poseo maldad ni bellaquería maligna.

—¿Qué extraño artefacto rodea tu cuello?

—Armazón para evitar que los huesos se pongan a bailar. Intentaron desnucarme.

—¿Por qué llevas las dos manos cubiertas con manoplas, haciendo calor?

—Una de ellas es de hierro, prolongando el antebrazo que me falta, y que perdí por meterme a marinero de tormentas.

—Esa cicatriz que surca tu frente habla de luchas.

—Me la abrió un pirata nórdico, al cual le estropeé yo los planes de saqueo.

—Tu vida ha debido ser accidentada.

—En demasía.

—Más dispuesto estarás entonces a gozar de un remanso de paz, donde adivines por fin la excelsitud de la bondad humana.

—¿Existe eso?

—Aquí podrías comprobarlo, si te quedaras...

Las palabras que lentamente modulaba la criolla iban perdiendo sonoridad a oídos de Lucientes. Las oía, pero como melodía lejana, que llegara a su entendimiento atravesando largas distancias, pese a estar a dos pasos de Luana.

—Algún que otro blanco ha venido. “Cayó”, como dicen los

ciudadanos, y murió porque no supo vencer sus malas pasiones. Tú podrías, ser el hombre que por primera vez supiera encontrar en la quietud pueril de esta tribu, y en la soledad de mi montaña, la paz del espíritu y la alegría de los goces puros…

No oyó más Lucientes.

Lo último que recordó fue que repentinamente tuvo la sensación de estar volando…

Cuando abrió lo» ojos lamióse los labios. Tenía en ellos un regusto a pulpa de fruta…

—¡Córcholis! —exclamó, asombrado.

Se hallaba extendido en cómoda hamaca de bejuco, tendida sobre una plataforma de cañizo instalada en la copa de una elevada ceiba, desde donde percibía una extensa y agradable vista.

El aire era fresco y puro

—¡Yaya cogorza que debí pescar! Si esto es caer, ¿qué será, pues, en esta montaña, el ascender?

Siguieron varios días, en los que abundantes libaciones del jugo de caña producían en Lucientes sensaciones inesperadas, dándola sueños infantiles, desprovistos de toda lógica, como cuentos de hadas…

Fue comprobando que los pongos eran raza cordial, pueril, aniñada, siempre propicia a la risa ingenua.

Un nuevo sentimiento se apoderaba de él. Iba olvidando y desprendiéndose de toda preocupación

Y cuando charlaba con Luana, conversaciones a las que asistían ya numerosos pongos, sentíase invadido de bienestar.

En una de estas charlas, contó el error de Roque Riscal.

—Creyó que podría yo servirle para espiar y ayudarle en sus maldades. Y lee esto, Luana.

Tendió Lucientes el documento sellado por el Almirantazgo de Puerto Colombia, en el que se le atribuían poderes plenos para investigar privadamente la actividad de los encomendederos.

—Puedes quedártelo, Luana. Yo renuncio a toda pompa mundana. Aquí he hallado la tranquilidad y la libre vagancia de mi mente.

Aquel documento, copiado, fue enviado por Luana a Roque Riscal, por mediación de un pongo. Añadía la criolla que se acercaba la hora en que la justicia se cumpliría…

Capítulo VI

Los inconvenientes de la fama

El palacio de Su Señoría el Gobernador de Santa Fe de Bogotá tenía una arquitectura recargada con multitud de arcos, guirnaldas, pequeñas columnas y estatuas.

Un espíritu aficionado a establecer comparaciones habría encontrado en el estilo arquitectónico del palacio del gobernador muchas semejanzas con el estilo de vida colonial impuesto por la molicie y la indolencia de Su Señoría.

La imperante frivolidad de la corte y ciudad de Bogotá tenía indudablemente origen en diversas causas ajenas a Su Señoría.

Causas talos como la simpática indolencia criolla, la cual contagiábase a los residentes españoles; tal como la risueña negación de todo esfuerzo y la repudiación de toda austeridad...

Pero innegablemente, en el fondo, don Ramiro Luances de la Gándara, gobernador de Santa Fe, era responsable de tal estado de cosas, porque desde su nombramiento, no sólo no hizo el menor intento para enmendar la ostentosa superfluidad de la existencia cortesana, sino, que fue el primero en dar ejemplo de frivolidad.

Don Ramiro Luances de la Gándara era hombre apuesto, agradable de trato, fácil conversador, y sentía manifiesto horror por tomar actitudes rígidas.

Era apreciadísimo entre la sociedad colonial española, y aun entre los mismos menestrales, que, si bien reconociéndole carente de energía y mano dura, admitían que era “encantador”.

Por aquel día de principios de octubre del año de 1722 reinaba en las antesalas del palacio de Su Señoría cierta animación visible.

Los ademanes lentos, siempre impregnados de lasitud de las bellas criollas, y las cortesías desvaídas de los caballeros, tenían en

aquella mañana cierta energía.

Los cuchicheos habituales, en los que se pasaba revista satírica a los chismes de la ciudad, eran hoy más altos en diapasón.

Los propios chambelanes, de dos en dos en cada umbral de las lujosas antesalas, podían oír perfectamente fragmentos de diálogos sostenidos entre la “crema” social de Santa Fe.

—Es un fierabrás de rompe, y rasga-decía con aspavientos un emperifollado sujeto, abundante en lazos y perfumes. ,

—¡Que no, mi caro Fadrique! —replicaba un sesentón, que de vez en cuando asestaba, a través de su impertinente, ojeadas lánguidas a una criollita de talle de efebo.

—¿Acaso le conocéis vos, mi preciado don Froilán?

—Mucho he oído de él.

Acercáronse dos damas, para unirse al diálogo.

—Pero veamos, caballeros: ¿alguien conoce al conde Ferblanc? Son ya dos horas las que de este noble francés se habla, y todo son comentarios, pero sin certeza de origen fidedigno.

—Y quizá vos, don Froilán-apoyó la criollita objeto de lánguidas miradas —, por vuestro cargo de relator de Su Señoría, estaréis en el secreto.

—Secreto que no puedo propalar, linda Nereida-murmuró apasionadamente el sesentón, haciendo una graciosa reverencia.

—¡No seáis malo!... —amenazó ella gentilmente, fingiendo propinarle un abanicazo que fue una caricia.

—Decid mejor, encantadora Nereida —intervino "la otra dama —, que nadie sabe quién es el conde Ferblanc. Todos esperan que se digne venir... Si mal no he oído, fue invitado por Su Señoría a las once y son ya las doce y cuarto.

En otro lugar, tres sesudos varones, reputados como agriados comentaristas, parecían estar mejor informados.

—Poca exquisitez podrá esperarse de quien tiene por apodo el de “León Plateado”.

—¿Y a qué se debe?

—Debe tratarse de sarcasmo por su fiero carácter y por peinar hebras canosas.

—¿Es, pues, viejo? —intervino una dama, esposa de uno de los tres, con aparente desencanto.

—No tal-arguyó otra, soltera.

—¿Estáis mejor informada que los demás, Cresilda?

—Dicen que es arrogante, fuerte como un paladín de libros de caballeras, hombre ya en plena edad floreciente, y que ha vivido en continua pelea, siendo innumerables las cicatrices que pueblan su cuerpo, hablando de mil combates victoriosos.

—¡Ah, imaginación, locuela habitante de los sesos juveniles! — sentenció, doctoralmente, uno de los vejestorios.

—No es imaginación —terció otra muchacha— El conde Ferblanc era Jefe de la Legión del Mar, que impuso orden en el Caribe.

—Quien con piratas anda, no lejos de serlo está.

—Un hombre como él falta hace para tratar de impedir que los desechos de presidio y la gente de mar do baja ralea y estofa patibularia manchen la pureza diáfana de la Costa Dorada.

Y seguían los comentarios acerca del hombre que, habiendo sido invitado excepcionalmente por Su Señoría, cometía la descortesía o el desplante insolente de hacerse aguardar, haciendo con ello esperar al gobernador de Santa Fe.

Don Ramiro Luances de la Gándara consultó su reloj de bolsillo. Suspiró cómicamente, tomando por testigos a Froilán Duque y a Fadrique Menéndez, que acababan de ser llamados.

—Las doce y media… y sin vender una escoba-dijo con desgaire de madrileño.

—Ofensa imperdonable que Su Señoría no debe perdonar-exclamó, indignado, Froilán Duque.

—Muestra de impertinencia que merece reprobación unánime-apoyó calurosamente el joven Menéndez.

Don Ramiro Luances ajustóse varios rizos de su gran peluca, recompuso los encajes de su coleto, y, atravesando su espadín de gala encima de sus muslos enfundados en blanco pantalón de seda, dedicóse a sorber un polvo de rapé, para, después de estornudar complacidamente, decir, sonriente:

—El excelentísimo señor almirante don Juan Diéguez Rodríguez se dignó enviarme hace ya dos meses una carta confidencial, explicándome quién era el conde Ferblanc, su gran valía… y su…, ¿cómo diría yo?…, su difícil trato. Por lo tanto…

Resonaron en la puerta dos aldabonazos, y el ujier chambelán mayor abrió de par en par, anunciando engoladamente:

—¡El señor conde de Ferblanc!



El Pirata Negro avanzó para inclinarse brevemente...

El Pirata Negro avanzó, chambergo en mano, para inclinarse brevemente ante la mesa-despacho.

En pie, Ramiro Luances de la Gándara, devolvió el saludo, manteniendo en la diestra su espadín como a modo de bastón.

—Bienvenido, señor conde, y honradísimo con vuestra benevolencia al acudir a mi cita. Os presento mi relator, el barón Froilán Duque, de la casa Trévora, y mi joven secretario, Fadrique Menéndez, talento prometedor. Sentaos, por favor, señor conde.

Sentóse el Pirata Negro.

—Es mi obligación presentaros excusas por mi tardanza, motivada por asuntos privados cuya importancia puse por encima de mi obligación simplemente social.

Dos miradas indignadas se plasmaron en las pupilas del relator y del joven secretario.

El gobernador sonrió amablemente.

—¿Me equivoco al suponer que vuestra tardanza se debe al extraño suceso relacionado con la desaparición del señor Diego Lucientes y su hermosa hija?

—En efecto. Esta mañana, al amanecer, llegué a la mansión

donde accidentalmente reside mi esposa.

—Fui informado, e inmediatamente cursé la invitación, porque deseaba tener un intercambio de impresiones con vos, señor conde.

—Tiempo hacía que estaba separado de mi esposa, debido a ciertos incidentes que no vienen al caso, y aprendí por boca de ella la ausencia de mi amigo y su hija, cuya desaparición quizá Su Señoría, abundante en secretarios y relatores, podrá explicarme.

Renovación de miradas indignadas sucedió a la sequedad del parlamento del Pirata Negro.

Pero don Ramiro Luances de la Gándara había leído varias veces la psicológica carta del almirante Diéguez definiendo el "difícil carácter del conde Ferblanc"...

—Lamento participaros que se ha hecho cuanto procedía. Hay lindes que ningún viajero debe atravesar, si no es por su propio riesgo. El señor Lucientes penetró más allá de las encomiendas, y mucho es de temer que su valerosa pero imprudente hija haya corrido la misma suerte.

—¿Qué se hizo para castigar si hay culpables? ¿Qué se ha hecho para indagar el posible paradero de ambos? Perdonadme si me irrogo facultades que quizá no me pertenezcan al invocar derechos de simple ciudadano inquiriendo por la suerte do amigos suyos. Quizá es candidez por mi parte suponer que a lo mínimo que tiene derecho un español es a ser vengado si muere a manos de los indios no pacificados o de bandidos amparados por encomiendas.

—¿Os hablaron de Roque Riscal? —insinuó el gobernador.

Roque Riscal ha comunicado que ambos partieron hacia la montaña libre donde mora la tribu de los pongos. Es reglamento colonial el respetar terrenos donde residen indígenas que desean no someterse hasta no comprobar las ventajas de sumarse al progreso de la colonización. Y ningún soldado penetra en las comarcas designadas como libres.

—Escasa está la ciudad de soldados y abundante en cortesanos, por lo que en breve tiempo he podido averiguar.

—Cierto, señor conde. Para vos, hombre de acción, seguramente nosotros los funcionarios, os pareceremos seres inútiles, casi parásitos...

—Los parásitos sirven para algo, Su Señoría sabrá que los parásitos comen insectos menores que ellos... Pero, por lo oído, aquí

las mesas abundan en manjares exquisitos, y todo es exquisito..., pero a cincuenta leguas está un litoral infestado de insectos contra los cuales nadie se lanza.

—Vos mismo acabáis de dar en el quid de mi invitación, señor conde. Tened benevolencia, y comprended que nuestra aparente frivolidad encubre mucha valentía. Es una particular filosofía que vos aprobaréis. Aquellos que siempre tienen pendientes sobre mis cabezas unas, espadas mortales, prefieren bailar, sonreír y ostentar lujos, en vez de llorar, acurrucarse y esconderse en hoyos. Ésta es la lección española.

—¿No sería mejor uniros y fortificar murallas?

—Escasos son los soldados y necesarios son para arduos menesteres que les reclaman en el interior. Nosotros pocos somos para organizar fuerzas que combatan la piratería reinante en estas "Aguas Revueltas". De allá siempre puede venir la matanza exterminándonos. ¿No cumplimos con cierta valentía al ostentar frivolidad, sabedores íntimamente de que la noche o el amanecer menos pensado una expedición procedente de la Costa Dorada nos convierta en pingajos colgantes de horcas piratas? Y, no obstante, Santa Fe de Bogotá necesita un palacio, un gobernador y una corte, aunque sea un palacio sin alabarderos mozos, un gobernador empelucado y que desconoce la esgrima y una corte de jovenzuelos o de ancianos, excesiva en damas, de lo cual me complazco, y carente en bizarros soldados, de lo cual me conduelo.

Terminada su perorata, extrajo Ramiro Luances una pulgarada de rapé que delicadamente se introdujo en las fosas nasales, estornudando en blanco pañuelo bordado.

El Pirata Negro sonrió irónicamente.

—Me habéis convencido, señor gobernador. Tenéis talento de orador, y podríais presentar con blancuras de nieve el estiércol más negro. Y quizá tengáis razón en el fondo.

—Agradezco mucho vuestra reservada aprobación, señor conde. Lo que el excelentísimo señor almirante Diéguez logró en el Caribe, ¿no sería posible lograrlo en la Costa Dorada?

—Bastaría con que viniese el almirante.

—O que vos os, molestarais en gruñir, señor león.

Rió el Pirata Negro.

—Resultáis distinto a como me figuraba, señor gobernador.

Tenéis gracejo y enjundia. No sois un necio pedante vacío, como me temía. Creo que nos podremos entender. ¿Tenéis relación de presidios y numeral y nominal relación de sus ocupantes, con especificación de sus delitos?

—La mandaré preparar del litoral de la Costa Dorada.

—¿Cuántos bureos podríais poner a disposición de la Legión del Mar de la Costa Dorada?

—No hay barcos, señor conde. Los galeones viajan a las Españas en flota de escuadra. Y los barcos que hay son mercantes extranjeros.

—Sin barcos no hay posibilidad de dar lucha... En fin, señor gobernador, si vos deseáis pacificación en la Costa Dorada, para poder bailar a gusto y dormir tranquilamente, buscadme barcos. Veo que vuestro joven secretario frunce las narices en elocuente gesto que significa claramente que me califica de vanidoso engreído.

—Error perdonable, señor conde —arguyó melifluamente Fadrique Menéndez—, puesto que no os conozco.

—Los hechos se demuestran actuando, ¿no? Pues dadme barcos, señor gobernador, que yo meteré en cintura a las tripulaciones. Buscadme honrados marinos, que los mezclaré con presidiarios ávidos de regeneración. El resto correrá de mi cruenta. He dicho, y ahora pido venia para ausentarme.

—¿Me es lícito preguntar a qué obedece vuestra premura por privarlos de vuestra excepcional compañía?

—Tengo que ponerme en camino para dar con tres pistas, que quizá se confundan en una sola.

—¿La de vuestro amigo el señor Lucientes?

—Una.

—¿La de su hija?

—Dos.

—¿Y la tercera?

—La de un joven pirata caballeroso a su pesar.

—¿Amigo vuestro?

—Al menos me dispongo a matarle amistosamente.

Levantóse el Pirata Negro.

Hizo lo mismo el gobernador.

—¿Cuántos hombres necesitáis?

—¿Para qué?

—Como escolta en vuestro viaje.

—Vos mismo afirmasteis que escaso está en hombres Santa Fe de Bogotá, y los pocos que hay, Ocupación tienen. Iré solo donde solo fue un amigo mío, así como su hija.

—¿Me permitís un favor especial?

—Os permito cuanto queráis, porque sois la personificación de la afable amabilidad cortés y sincera.

—Concededme, pues, el privilegio de tener por huésped de honor a la señora marquesa de Ferjus. Pido este privilegio para afirmaros que, sabedor de lo sucedido en Puerto Colombia, podáis partir con la seguridad de que si a vuestro anhelado regreso no hallarais a vuestra esposa, sería porque en mi palacio sólo habría cenizas sirviendo de sepultura a cuantos cortesanos aquí estamos, yo el último, porque defensor seré de vuestra esposa hasta el postrer instante. Y toleradme una vulgar frase de mi ciudad natal: no es coba, señor conde. Es que, aleccionado por el excelentísimo señor almirante Diéguez, os conceptúo elemento valiosísimo para la salubridad e higiene de la Costa Dorada.

Tendió la diestra el gobernador, y estrechóla el Pirata Negro con vigor.

—Hasta fecha próxima, en que espero estar aún más de acuerdo con Su Señoría. Y deseo que la turba de perfumados chismosos que llenan vuestras antesalas sepan que, si tarde llegué a vuestra invitación, fue por causas superiores a mi propia voluntad, que no suelo dar desplante hasta no saber con quién trato..., y ahora que os conozco, señor don Ramiro, estimo que podremos entendernos perfectamente. Hasta pronto.

—Buena suerte, señor conde, y hasta pronto.

Capítulo VII

El hombre plácido

Roque Riscal examinó recelosamente al que un capataz acababa de acompañar a su presencia.

—Un saludo, caballero. ¿En qué puedo serviros?

—Tengo entendido que últimamente os visitó una dama, la cual goza de mi particular estimación...

—Ante todo, ¿puedo saber quién sois?

—Louis de Jouvenel, filósofo francés, en viaje de estudios. Actualmente, deseoso de saludar al señor Diego Lucientes y a su hija-replicó, reposadamente Cheij Khan.

Rascando la cabeza de uno de los mastines, Roque Riscal, desmejorado y acrecentado su malhumor, respondió:

—Harto estoy de Lucientes y de su insolente hija.

—Lenguaje éste poco amable, Caballero Riscal.

—El que me place, que en mi casa estoy. Vuestro amigo y su condenada hija marcháronse a visitar la montaña libre de Luana, la hechicera, y allá se pudran.

Lo que siguió no se lo pudieron explicar ni Riscal ni el capataz, hasta minutos después.

Primero fue un salto lateral en el que una puntera de bota chocó contra el pecho del capataz, derribándolo, mientras la otra, restallando contra el estómago del murciano, le hacía doblarse hacia delante.

Y empleando la espada con su vaina a modo de látigo, acorraló Cheij Khan a los dos mastines con diestros latigazos que acreditaban al antiguo domador de leones.

Sendos golpes más recios quitaron momentáneamente el sentido a los dos fieros perros, y aun no se habían repuesto de la impresión

dolorosa del rápido ataque, cuando Riscal y el capataz viéronse encañonados por la boca de la pistola que, empuñada por Cheij Khan, pareció acompasar las frases mesuradas del joven.

—Mi filosofía no me impide rechazar adecuadamente las descorteses manifestaciones, Quizá regrese, Roque Riscal, si algo les ha sucedido al señor Lucientes y a su hija. Y entonces no me mirarás con ojos de rencor, sino con ojos de muerto.

Cheij Khan abandonó la sala, marchando hacia atrás sin dejar de encañonar a los dos hombres.

Cuando se oyó el galope de su caballo llevándole hacia la montaña que se erguía solitaria en el horizonte, los dos perros, aunque recuperados los sentidos, seguían agazapados.

Al igual que Roque Riscal y el capataz, presentían la cualidad de domador en el joven esbelto de mirada henchida de desdén...

* * *

Diego Lucientes era ya amigo fraternal de los ingenuos pongos. Realizaba como diversión frecuentes navegaciones en piragua por el río abajo.

Aquellas navegaciones eran de una belleza insuperable. En casi todo el trayecto, en ambas orillas, se alzaban variedades de árboles de gran tamaño y magnificencia: lianas y bejucos formaban graciosos festónese con lindas flores.

Abundantes pájaros, algunos con vistosísimas plumas de brillantes colores, saltaban de rama en rama, y otros, no visibles por su pequeñez, alegraban aquellas grandiosas soledades con cantos parecidos a los del jilguero y el canario.

Al regreso de aquellos cortos viajes en piragua, Diego Lucientes conversaba placenteramente con Luana.

—Soy ya otro hombre, preciosa hechicera. Nada puede ya molestarme. Nada me sacaría de mis casillas. Ni la más bella mujer, ni contemplar fantasmas, ni ver a mi peor enemigo. Soy el hombre plácido por excelencia, y, como demostración de que soy feliz, vivo sin camisa para dar veracidad a la leyera.

Desnudo de torso, mostraba Lucientes la media coraza de hierro que, cubriendo la parte izquierda de su pecho, servía de apoyo para la ingeniosa estructura metálica que suplía su antebrazo y mano.

Sobre sus hombros, el dogal de hierro seguía manteniendo erguido y consolidado su cuello.

—Eres hombre plácido gracias al “néctar del paraíso”.

—No. Ya el agua ardiente de caña no me produce sueños deleitosos. Soy plácido porque he comprendido la nimiedad de cuantas preocupaciones asaltan al poblador de ciudades. Verdad era la frase del fraile poeta: “Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en este mundo han sido…”.

Pero dos días después de tales declaraciones, el “hombre plácido”, tendido en su hamaca en lo alto de la plataforma de cañizo, irguióse repentinamente.

Su cicatriz coloreóse intensamente, y, saltando de la hamaca, cogió su espada, cubierta ya de herrumbre por la intemperie, y desatóse en imprecaciones:

—¡Maldito “Chacal”! ¡Te voy yo a…! ¿Dónde está mi pistola?

* * *

Cheij Khan, conducido por tres pongos después de invocar su amistad con Diego Lucientes, fue requerido por Luana:

—¿Con qué fin deseas ver a Diego Lucientes?

—Deshacer un error.

—¿Quién eres?

—Cheij Khan, “El Chacal”.

—En sueños ha hablado él de Cita tres personas: el hidalgo Lezama, Gabrielle y “El Chacal”. Si quieres ver a tu amigo, ahí lo tienes.

Y señaló Luana lo alto de una ceiba.

Cheij Khan aproximóse al tronco por el cual, utilizando los escalone de rústica escalera, iba descendiendo Lucientes.

Cheij Khan, iluminados los ojos por sincera emoción, avanzó hacia el hombre que pistola en mano le observaba ceñudo.

—Feliz momento éste, don Diego.

Y el hijo del Pirata Negro apoyó su diestra en el hombro válido de madrileño.

Diego Lucientes apoyó a su vez el cañón de la pistola en el corazón del joven.

—Feliz momento éste, “Chacal” porque voy a reventarte el trozo de carne que te sirve de corazón.

—No; —dijo sonriendo “El Chacal”.

—¿Cómo que no, engendro diabólico?

—Hay duda en ti. No puedes creer que yo pretendiera matarte...

—¿No? ¡Maldito seas! ¿Quién me dio en el cogote? ¿Un pajarito retozón? ¿Quién mató á Julien Martel, a Crecy y a Languedoc? ¿Fue la brisa de los bosques o el brujo del Averno?

—Fué Lyon d'Arcy.

Explicó Cheij Khan la traidora celada del gascón.

—Si así fue, ¿por qué no lo declaraste en juicio, en vez de confesarte autor de las cuatro muertes?

—Por consejo de Leblond y para evitarme tormento. Tú que momentos parecidos atravesaste, sabrás que negar era absurdo, dado el peso de los testimonios en contra.

Descendió Lucientes el cañón de la pistola. Y espontáneamente sonrió, porque siempre había sentido afecto por el joven que suponía árabe y huérfano.

—Me pareció impropio de ti que me atacaras por la espalda, pero como estabas al igual que fiera al acecho... te creo, "Chacal"... ¿Y... cómo has venido aquí a...? ¡Repámpanos! Si estás aquí es que... ¡Dime! ¿Dónde está el conde Ferblanc?

—Buscándome está y ya le encontré yo.

Respiró a fondo Lucientes, aliviado.

—Entonces, ¿todavía no os habéis trillando?

Denegó Cheij Khan con la cabeza.

—Naturalmente que no... —dijo Lucientes—. No estarías tú vivo si así hubiera sucedido. ¿Cómo has dado mu mi refugio?

—Preguntando a Roque Riscal.

—Quédate aquí, "Chacal". Se te apaciguará la sangre..., aunque, oye, muchacho, me pareces cambiado. No respiras fiereza. Pareces un reidor chacal..., pero no me fío. ¿Por qué sonríes alegremente?

—Placer de verte.

—¿Nada más?

—Tu hija vive.

—¡Ah, diablos!... Ella te cree muerto. ¿No la has visto?

—No.

—Me alegro. Escucha, muchacho: olvídala y... Bueno, veo que es tontería lo que estoy diciendo.

—Llévame a su lado.

—¿Yo? ¡Narices!... Ella está muy bien con quien está, y no piense "chivarme". No te diré dónde está.

—Mientes.

—¿Eh?

—Roque Riscal me dijo que está contigo.

—Mintió el muy bellaco.

—Tu hija salió de Bogotá, donde residía con doña Marina, la familiar del almirante Diéguez, y partió hacia la encomienda de Roque Riscal. He estado en ella, y el encomendedero me dijo que tu hija vino a la montaña libre: a esta montaña.

—¡Repámpanos!... ¡Aquí no ha llegado ella!

Por espacio de una semana, los pongos, acaudillados por Lucientes y Cheij Khan, recorrieron las márgenes del río, penetrando en los dominios de indígenas libres.

No hallaron el menor rastro de Gabrielle Lucientes.

Capítulo VIII

El eterno estudiante

Fresca era la brisa que ascendía del cercano manantial, donde dos hombres, tendidos boca abajo, departían animadamente.

El uno era Diego Lucientes; el otro, un criollo, que sólo conoció el madrileño después de varios días de estancia en la montaña solitaria.

Un criollo que, según propia confesión, “había sido de todo un poco, sabiendo algo de muchas cosas y nada de ninguna a fondo”.

—Bello es el romance, pues-dijo el criollo, pensativo, al terminar Lucientes de explicarle la razón de que, durante una semana, estuviera en compañía del “joven soñador”, recorriendo incansablemente la selva.

—Todo romance es bello porque habla de espíritus juveniles.

—Ahora comprendo por qué vuestro joven amigo se aparta de todo trato, permaneciendo a solas en la plataforma que vos le cedisteis gentilmente.

—La soledad le consolará de la pérdida de su posible regeneración por el amor.

El criollo miró de soslayo a su interlocutor.

—¿Puedo deciros algo sin que os ofendáis?

—En busca vine aquí de sosiego, y lo hallé.

—Entonces, confiando en vuestro sosiego, os diré que resulta algo chocante, y casi diría cruel, vuestra conformidad.

—¿Conformidad?

—La dama que no habéis hallado... era vuestra hija. Y no parecéis llorar su pérdida.

—La muerte es consuelo eterno y permanente.

—No obstante, como padre os habéis tomado muy a la ligera la

desaparición de vuestra hija, que, a no dudar, ha sido muerta por indios jíbaros, los más crueles de las selvas.

—Más la atormentaba su corazón, que un jíbaro.

—Veo que las muchas aventuras os endurecieron en grado insospechado.

—Quizá. Pero hacedme la merced de no perder el tiempo en comentarios de nimiedades.

—¡Cáspita! —masculló el criollo—. Si llamáis nimiedades a perder una hija, nada hay en el mundo que os atormente.

—Exacto. No hay dolor que no pueda resistirse. Cambiemos el tema. Sabéis que soy el eterno estudiante, y siento verdadera curiosidad por conocer vuestra magna obra.

Halagado el criollo, extendió ante él varias hojas de papel, y, tosiendo como preliminar, empezó a leer:

> “Todos los animales terrestres, los peces y las aves, por instinto natural, poco después de haber nacido, saben lo que les basta para dar entero cumplimiento a su apetito, y de tal manera lo alcanzan, que, en teniendo compañía y el sustento necesario, ni quieren más ni desean más.
>
> ”Sólo el hombre, con ser señor de todo lo creado, parece que es de peor condición que el más bajo de todos ellos, pues, por mucho que viva, por mucho que estudie, inquiriendo la verdad y encadenando deseos, procurando saber dónde está la suma felicidad que pretende, nunca la alcanza.
>
> "Para ayudar al mortal, hay muchos libros de filosofía, pero son dilatados. Yo he tenido el atrevimiento de reducir sentencias de gravísimos filósofos a pocas palabras, y también he recopilado frases o ideas de este sagaz manantial que es el pueblo, para que gocen los que me lean, con todo ello, sin trabajo, de lo que a otros mucho costó, y que todos nos ayudemos en las ocasiones que se ofrecen, que para todos hay consuelo y consejo en este mi libro.”

—¡Bravo, bravo! —aplaudió Lucientes—. Esto va bien. Pero si refranero es vuestro libro, recordad que las palabras hembras son, y los hechos varón, con lo cual deciros quiero que paséis a citarme algún refranero de esos que contienen más enjundia, pero menos sabor que un jamón bien ahumado.

—Escéptico sois. ¿De qué queréis que os diga refrán?

—Refranes suelen ser trozos de vida amasados con miel y también hiel. Citadme refrán que habla de mujer y de cabra. Lo de mujer por la carencia de ellas que por estas latitudes hay, y en cuanto a lo de cabra..., pues bien, por la hierba que crece alrededor nuestro.

—Guasón sois, don Diego.

Pero, pese a su comentario, hojeó rápidamente el criollo hasta dar con lo que buscaba.

—Dice “que a las mujeres —leyó— debe dárseles una conveniente libertad para que se muevan y vivan sin empacho, pero debidamente limitada para que sean prudentes”. Que puesto el refrán, es: “A la mujer y a la cabra, soga larga”.

—¡Vaya! Pues empiezo a creer que pasaréis a la posteridad, amigo, si sabéis recoger tan justas, sentencias.

—Me limito a saber escuchar.

—Arte ese del perfecto conversador. A mí siempre me perdió el hablar más de la cuenta, y es cosa triste que me dé cuenta de ello, porque no hay idiota más lamentable que aquel que se da cuenta de que lo es.

—Vos nada tenéis de memo.

—Favor que me hacéis.

—Ya que gozo de vuestra compañía...

—Recíproco es el gozo...

—¿Seríais tan condescendiente que me dierais vuestra personal opinión sobre cuestión de mucha monta?

—Si pensáis tomar notas para vuestro libro, vais listo. Pero, en fin, siempre fue máxima mía la de tratar des ayudar a la doliente humanidad. Decid, ¿cuál es esta cuestión de mucha monta?

—Es precisamente la humanidad... ¿Qué os parece?

—Un asco.

—¿Sois de la escuela cínica y escéptica?

—No: fui a escuela de pago.

—¿Cómo calificáis a nuestros semejantes?

—El reino animal se divide en dos géneros: el de los inteligentes, y el de los que no lo son.

—Peregrina clasificación, don Diego. Aclaradla.

—Los que no son inteligentes y signen los caminos trillados, son calificados de estúpidos animales por los que son más “vivos” que ellos.

—Decid mejor que el loco trata de buscarse amparo llamando a los demás animales.

—Posiblemente tengáis razón. Lo cierto en que todo pasa y queda entre anímales. Yo mismo en mi forma de vivir, estoy con conforme con la pachorra del búho y no con la estridencia mañanera del impertinente gorrión. Soy amigo del ruiseñor veronés y no de la alondra importuna, y prefiero la luna al sol.

—Sois, pues, animal noctívago.

—Porque la noche es limpia, silenciosa, quieta, y nos da un enlodo do conciencia parecido al de poseer el cielo en la tierra: una placidez amable, y un despego de las vanidades y preocupaciones terrenales. Ahora quo vivo aquí, lejos de masas y turbas, veo las cosas más claras y... ¡Repámpanos! ¡Huelo a chamusquina!

Y de un salto púsose en pie Lucientes.

Su rápido gesto y las dos exclamaciones asustaron al filósofo que había buscado el retiro de la montaña solitaria.

—¿Os picó algo, don Diego?

—Creo que me va a picar, o a alguien le va a doler. ¿Veis aquel caballero que parlamenta allá abajo con la “jefa” Luana?

—Veo. Gentil traza gallarda de hombre robusto y poco cordial. ¿Enemigo vuestro?

—Mi mejor amigo. Pero trae cara de malos modos. ¿Cómo daría con mi choza? No se puede vivir tranquilo ni ocultándose en lo alto de la más alta montaña. Os ruego, amigo, que dejéis el campo libre. Me temo que habrá castaña, y no pilonga.

Apresuróse a alejarse el criollo, después de recoger sus papeles y plumas.

El coloquio que Lucientes no podía oír parecía durar tiempo entre Luana y el Pirata Negro.

Por fin, el madrileño, que habíase aproximado a un claro que lindaba con alto peñasco junto al manantial, aplicóse las dos manos

a modo de portavoz para gritar:

—¡Ohééé!...

Contra la mano izquierda de hierro resonó el grito cavernosamente, ladera abajo.

El Pirata Negro, que en aquel instante separábase de la extraña criolla que reinaba como única voluntad entre los pongos, levantó la cabeza, y dirigióse hacia el peñasco.

Poco después enfrentábase con el madrileño, el cual aguardábale sonriendo placenteramente.

El ceño fruncido del Pirata Negro presagiaba tormenta, pero Diego Lucientes fingió ignorarlo.

—Hola, hidalgo. Ya nada puede sorprenderme en este bajo mundo rutinario, pero algo me asombra tu llegada. Pues qué: ¿el famosísimo conde Ferblanc abandona su Legión del Mar para retirarse del incienso de la gloria y...

—Cierra el pico-atajó secamente el Pirata Negro —. No creo que la ocasión sea la más propicia para cuchufletas lucientescas. ¿Qué haces tú semidesnudo, barbudo y con greñas, por estos riscos?

—Busqué paz espiritual y aquí la he hallado.

—Por el camino tomé informes. Los blancos que han venido a esta montaña murieron violentamente o cayeron lamentablemente en el fondo del abismo de la embriaguez.

—Yo estoy vivito y coleando, y puedes oler mi aliento. Casi, casi le voy cogiendo menos “jindama” al agua...

—Escucha, Lucientes. Te he tolerado siempre tu propensión a tomarte a chacota las cosas más graves. Pero todo tiene un límite, y lo has rebasado.

—Para eso están los límites, para rebasarlos, o, si no, ¿cómo mil diablos iba uno a divertirse?

—¿Qué hay de tu hija?

—Noto y percibo en la pregunta un deje amenazador de perdonavidas.

—Pregunto qué sabes acerca de tu hija.

—Me conmueve el saber que has realizado tan largo viaje, por entre los peligros de la selva, y sin saber la acogida que aquí tendrías, sólo para pedirme noticias de la salud Gabrielle.

—Antes, cuando no tenías obligaciones, hasta resultaba graciosa tu actitud de eterno estudiante. Pero ahora, no. ¿Por qué dejaste a

Gabrielle sola en Bogotá?

—Recuerda que yo tenía una misión privadísima. Debía inspeccionar los abusos posibles que se cometieran en las encomiendas que se esparcen por los llanos.

—Aquí no hay encomiendas, sino mugre, locos y agua de caña.

—Es que me aburría.

—Sabiendo que “El Chacal” rondaba por el Caribe, y que pronto se enteraría de que Gabrielle estaba con vida, ¿cómo pudiste alejarte tan tranquilamente?

—Volveré a recordarte que, cuando yo me empeñé en ir a cortarle el resuello a Cheij Khan, tú te opusiste terminantemente, alegando que como conde Ferblanc, y siendo personal el reto, eras tú el llamado a partirle el alma al “Chacal”. Por tanto, quedé tranquilo. No corría ningún peligro Gabrielle, puesto que tú, señor conde Ferblanc, ya le sentarías las costillas al “Chacal”.

—Tu ironía es improcedente. “El Chacal” escapó del Caribe, y, después de inquirir en Bogotá el paradero de tu hija, ha llegado por estas lindes.

—¡No me digas!

—Digo. Y ahora, loco del demonio, ¿quieres tratar de escucharme con sensatez?

—Oigo.

—Tu hija, al ver que pasaban las semanas sin que tú aparecieras ni enviaras carta, salió en tu busca. Yo vengo de la encomienda de Roque Riscal. Fui allá para sonsacar lo sucedido al murciano. Había muerto el día anterior. Le hallaron cadáver en su lecho. Dos serpientes de esta selva, llamadas sanguinas, rodeaban su cuello. Estaban despedazadas... Pero habían mordido ya al murciano. Los dos mastines, que permanentemente estaban custodiándolo, también fueron víctimas de las venenosas mordeduras. Yo logré coger por mi cuenta a un capataz, el cual confesó que tu hija fue hecha prisionera por Roque Riscal, el cual enteróse de que eras inspector de encomiendas. ¿Y sabes cuál ha sido la suerte de Gabrielle?

—No.

—No quiero recargar la puñalada, Lucientes, pero debo comunicarte que varios indios jíbaros según se cree, efectuaron una incursión, y, a la vez que dejaron las sanguinas, raptaron a

Gabrielle. Y... no hay esperanzas de hallarla con vida. Los jíbaros matan inmediatamente a los blancos que capturan.

Diego Lucientes, cabizbajo, murmuró:

—Es noticia que ya sabía..., y por, espacio de una semana, ayudado por Ion pongos, hemos tratado en vano de hallar el rastro de Gabrielle. Ha muerto.

Carlos Lezama cruzóse de brazos, colérico, pero por unos instantes guardó silencio.

—Mísero loco-rezongó, irritado —. Mientras tus locuras sólo a ti perjudicaran, bien estaba... En fin, a lo mío, que tú tiempo tendrás de sentir id amargor del remordimiento.

—Verdad es.

—¿Dónde está “El Chacal”?

—¿Eh?

—Pregunto que dónde está “El Chacal”.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Estás encubriendo, no sé por qué, al que puso desesperación en el alma de tu hija.

—¿Encubriendo yo?

—Rara es tu conducta, Diego Lucientes.

—Siempre fui raro.

—Pero ahora no te reconozco.

—Será porque visto a lo cafre.

—Hemos navegado muchos años juntos. Conozco tus reacciones, y no eres el hombre normal que sabía convertirse en persona cuando la tragedia ensombrecía sus días. Pero no quiero ahondar en tu rara conformidad con la noticia de que, por tu culpa, Gabrielle ha hallado la muerte. ¿Dónde está “El Chacal”?

—Regístrame.

—No pregunto a tiro de tanteo. “El Chacal” está aquí.

—¿Qué haría él por estas alturas?

—Vino en pos de Gabrielle.

—¿Cómo lo sabes?

—Primero fue una lavandera la que me describió al “Chacal”. Después, fue el capataz. Y, por último, la mujer que domina, al parecer, en esta montaña, al describirle yo al “Chacal”, me ha dicho que era gran amigo tuyo. ¡Estás loco, “Medio-Brazo”!.., Reacciona, y no obres como un insensato. ¿Es que te alias al que...?

—Yo ni me alío ni me rebrinco contra ti. Lo único que pasa es que “El Chacal” se fue.

—Mientes. ¿Qué insensata plaga es la que enfermó a todos vosotros? Tú, ella, mi esposa, él, mi lugarteniente…, todos parecéis oponeros a que me vea yo ante ese asesino en agraz…

Calló de pronto el Pirata Negro, y una sonrisa aviesa dibujóse en sus labios…

Miró hacia atrás Lucientes, y comprendió el significado de la mueca amenazadora y sarcástica del Pirata Negro.

Cheij Khan acababa de saltar del árbol vecino, y avanzaba lentamente, apoyado un puño en la cadera…

Al llegar ante los dos amigos, llevóse la diestra al corazón, a la frente y a los labios, y dijo reposadamente:

—“El Chacal” saluda con placer anticipado al “León”.

Capítulo IX

Padre e hijo

Diego Lucientes separóse unos metros, Quedaron padre e hijo a una distancia de cuatro pasos.

El Pirata Negro arqueó una ceja, contemplando detalladamente al que, ante él, mirábale serio el semblante.

—Buena planta tienes, “Chacal”... Eres tú, pues, el que se come crudos a los mayores y el que pensaba reinar en el Caribe.

—Arrogante es tu figura, conde Ferblanc. Eres tú, pues, el que se desayuna con piratas y no le estropea la digestión el pensar que es un renegado traidor a su casta.

—Bien va la cosa, “Chacal”. Este claro es ancho, y pronto morderás la hierba. Tenemos tiempo de hablar... Nunca me ha gustado destrozar a mis enemigos, sin antes darles tiempo a dos cosas.

—¿Cuáles?

—Rezar y poder intercambiar diálogo conmigo.

—Mucho oí de ti. Hace ya tiempo... Un antiguo corsario me habló de tus maldades, y crecí anhelando el momento de verme ante ti, para escupirte mi desprecio y mi odio.

—Desprecio y odio tienen fundamentos. ¿En qué te basas para resentir ambas lacras?

—Te desprecio porque es tu vida una sucesión de matanzas, y te odio porque autor fuiste de mi orfandad.

—Vamos por partes. Estoy muy de acuerdo en que he matado a mucha carroña vil. Y si algún caballero cayó a mis pies, fue en lucha leal, dándole a cambio mi pelleja. Ganó el más diestro. Poco tardarás en comprobar que al luchador leal le gano en lealtad, y al marrullero le gano en marrullerías. Pero antes, y sin que por ello se

altere el resultado final, quisiera saber con qué fundamento acusas. Creo, y tengo entendido, que me culpas de la muerte de quienes fueron autores de tus días.

—De eso me convenció Hart Mulliner.

—¿Hart Mulliner, dices?

—Un inglés.

—¿De párpado cruzado por una cicatriz que le daba guiño perpetuo?

—Ese mismo.

—Poca validez tendrá su juicio, ya que es un bandolero no muy amante de la verdad. Lástima que no esté presente para refrendar ante mí su acusación.

—Murió.

Diego Lucientes, que conocía al "Chacal" bastante a fondo, extrañóse de verle desasosegado, como luchando contra una íntima desazón.



—Buena planta tienes, "Chacal".

Lo atribuyó al poder, dominante de las palabras y de la actitud de Carlos Lezama.

—¿Murió?

—Yo le convertí en antorcha viva, porque endureció mi alma.

—¡Ah!... ¿Sabes quién era Hart Mulliner? Era el sosias de Hugh Foster, el famoso corsario. Le doblaba. Yo vencí a Hugh Foster, y perdoné la vida de Hart Mulliner. Eso, por lo visto, no me lo perdonó él. Lo que no entiendo es con qué propósito te mintió.

—Ten el valor de confesar tus crímenes. No pretendas, porque muerto está el caballero Mulliner, decir que mintió.

—Sé que mintió, porque... nunca maté yo a mujer. Por lo tanto, mal pude dar muerte a la que fue tu madre...

—¿No estuviste en tierra bereber?

—Sí.

—Basta, pues.

—¡Tate!... También he estado en tierra turca, y los huérfanos de allá no por eso me acusarán de la muerte de sus progenitores. Tu acusación es endeble, "Chacal". ¿Cómo se llamaba tu padre?

—Lo ignoro.

—Mal puedo, pues, saber si le di muerte en leal duelo o le ahorqué por bandido... ¡Tate, mocito!... ¿Te picó la pulla? Aguanta, que aguantando estoy yo tu acusación falsa. Falsa porque con sólo la palabra embustera de un hombre que no me apreciaba te basas para reprocharme tu orfandad.

—El placer de la venganza es lento, conde Ferblanc. Domino mi afán de despedazarte porque, aunque ésta haya de ser mi última pelea, quiero obrar con mesura.

—Gracias, mocito.

—¡No me llames mocito! —gritó acaloradamente Cheij Khan.

Diego Lucientes volvió a extrañarse. No comprendía la actitud vacilante y excitada del que siempre había visto reposado e indiferente...

—¿Qué eres sino un imberbe jovenzuelo? Muy joven eres, "Chacal". Presumes de veintidós años..., según me dijo "Medio-Brazo", que de testigo nos sirve. Tu carrera de crimen empezó pronto... Y tu aspecto no es de asesino... Por eso eres tanto más peligroso.

—Tu voz... —dijo Cheij Khan en tenue murmullo, crispando la frente, intentando vanamente recordar.

—¿Qué le ocurre a mi garganta? ¿Te asusta? A ratos me miras como quien ojea a un fantasma.

—Yo... te he oído antes de ahora...

El Pirata Negro, apoyados los dos puños en las caderas, y abiertas las piernas, adoptaba su sempiterna postura de reto, como cuando disponíase a iniciar una pelea.

—Por vez primera nos vemos, "Chacal"... Y, no obstante..., también yo tengo la engañosa impresión de que te conozco... Quizá es cierto que conocí a tu padre y la semejanza de rasgos...

—¡Abreviemos, conde Ferblanc!... Yo te reté... y te dejo elegir arma. ¿Pistola?

—Hace ruido, y acorta el fuelle.

—¿Espada?

—Te doblo la edad y aun añado algún pico. Por tanto, sería darte desventaja emplear la espada. ¿No presumes de brazos fuertes y de piernas ágiles? En tu terreno entro.

Quitóse el Pirata Negro el cinto, que tendió a Lucientes. Despojóse de casaca y camisa.

Su torso apareció hercúleo y de potente musculatura bronceada. Cheij Khan, lentamente, le imitó, hasta quedar también desnudo de cintura para arriba.

Silbó admirativamente el Pirata Negro, contemplando la fibrosa contextura muscular de su hijo.

Su silbido produjo en Cheij Khan un parpadeo de asombro renovado... ¿Dónde había oído aquel silbido modulado armónicamente en diapasón ascendente?

—Buen tronco, "Chacal". Eres fuerte y también engañoso. Esbelto, pero tido, nadie creería que eres prodigio, hay acero en tus brazos. Al verte verdaderamente fuerte. Has crispado los puños, y tendones, fibras y roca han sobresalido en tus hombros. Buena lucha vas a dar, mocito... Te mataré sin odio, muchacho..., porque dejaste libre a Mireya. Pero no puedo darte perdón, porque, además de pretender lanzar tus hordas de salvajes árabes para asolar tierras españolas, me hiciste pasar angustias de muerte con tu rapto. ¿Preparado, "Chacal"?

Cheij Khan retrocedió unos pasos, brillante la mirada...

El Pirata Negro comentó:

—¿Preparando el salto? Cuida tus trampas, fierecilla, porque he domado yo muchas...

Y Carlos Lezama rió burlonamente por primera vez. Era su característica carcajada breve, gutural, estremecedora...

Cheij Khan sobresaltóse como si acabara de recibir un disparo a quemarropa...

Respiró anhelosamente, contraída la faz...

Diego Lucientes presintió el ataque de “El Chacal” al igual que el Pirata Negro, que, sobre la punta de los pies, preparóse a saltar esquivando o en réplica de acometida.

Pero el hijo del Pirata Negro sentía en su íntimo ser algo remoto que despertaba filtras adormecidas por la droga embrutecedora de Bu-Djema, que había anegado su mente infantil.

Había resonancias indefinibles de un remoto pasado ignoto, que pugnaba por abrirse paso hacia el cerebro del hijo del Pirata Negro.

Volvió el Pirata Negro a reír al observar que no era atacado.

—¿Qué pasa, mocito? ¿Hay miedo o mucha precaución?

De nuevo la frente de Cheij Khan crispóse, y lo que siguió fue imprevisible para Lucientes y también para Lezama.

El hijo del Pirata Negro sintió que no podía atacar a aquel hombre, cuya postura, cuya voz y cuya carcajada le imponían un pavor inexplicable...

Lanzó un alarido agudo, como el de una fiera malherida, y en triple salto veloz abalanzóse hacia el peñasco, desde cuya altura lanzóse al abismo líquido...

Quería huir, alejarse, perderse en la selva, para tratar de calmar los acelerados latidos de su corazón, que dolíale como si un roedor mordiera su carne más sensible.

Nadó con, brazadas espasmódicas, y poco después corría hasta el lugar donde su caballo era custodiado por dos pongos.

Derribó a los dos mestizos de doble puñetazo, y, montando a pelo, hincó las espuelas de sus botas en los flancos del blanco corcel. Fue una galopada frenética, una huida que le llevara lejos de la voz y la carcajada que le imponían un inexplicable pavor, como al niño que, perdido en bosque de tinieblas, cree ver una luz lejana, cuyo resplandor no puede explicarse, atribuyéndolo a misteriosas influencias sobrenaturales...

El caballo cayó muerto entre sus piernas cuando ya la montaña solitaria era un punto lejanísimo en el horizonte.

Y, después de rodar por el suelo, Cheij Khan levantóse, insensible a los golpes recibidos en la caída, para seguir andando, andando, hacia el mar, alejándose del misterio incomprensible.

Ignoraba que era la voz de la sangre la que le sumía en aquel estado de obsesión lindante con el miedo inexplicable…

Y a medida que iba divisando al norte de su camino la ancha extensión azul del mar, iba sintiendo una íntima vergüenza, porque por vez primera había tenido miedo al verse ante un hombre.

Capítulo X

Camino de Bogotá

Cuando “El Chacal”, con la rauda e inesperada velocidad de una saeta, lanzóse al abismo, atravesando la cascada para sumergirse en el pequeño lago que iniciaba el río, y ofrecía su cuenca al manantial, el Pirata Negro por unos instantes quedóse inmóvil.

Su tardanza en reaccionar debióse a que, esperando un ataque, no pasó por su mente un solo instante que “El Chacal” huyera...

Cuando, a su vez, saltó desde el peñasco al lago, ya aquél corría hacia el caballo.

Y al llegar Carlos Lezama Junto a los derribados e inconscientes pongos guardianes, comprendió que la ventaja que le llevaba su reciente antagonista era demasiada, para pretender razonablemente darle alcance.

Los múltiples senderos que, además de los abiertos en las dos orillas, festoneaban las laderas del monte, hacían ineficaz todo intento de persecución del que ya había desaparecido montando como salvaje jinete presa de pánico...

Diego Lucientes, desde lo alto del peñasco, miró por dos veces el abismo, presto a lanzarse.

Lo pensó mejor, y, rezongando entre dientes, descendió ladera abajo, pendientes del hombro los dos cintos.

Llegó junto al Pirata Negro.

—Monta, y vámonos-dijo Lezama. —Ha huido “El Chacal”... Y aquí nada te queda por hacer.

Obedeció Lucientes, para poco después emparejar su montura con la del Pirata Negro.

—A fe mía que no lo entiendo. ¿Por qué huirla el mozo?

—Quizá prometió a Mireya no pelear contigo.

—Veo quo tampoco tú comprendes lo sucedido. Yo me jacto de saber imponer pánico... Pero al ver al mozo comprendí que no era de los que iba a dejarse impresionar por mis bravuconerías, y que la pelea iba ser durilla... Y de pronto... ¡se larga!

—Larguémonos nosotros al galope, hidalgo... —apreció Lucientes. Los pongos pueden quizá respingar, disgustados cuando descubran a los dos que descalabró “El Chacal" en su huida. Son buenos muchachos, pero ante las narices aplastadas de sus compinches se pondrán coléricos, y tienen azagayas que pinchan.

—¡Maldita vegetación! En ese mar de verdura no hay quien de alcance a un fugitivo.

E, irritado, pegó el Pirata Negro taconazos a su caballo, que emprendió el galope, seguido por el de Diego Lucientes.

Pareció como si el galopar, con la brisa azotando el rostro, le despejara el enojo producido por la huida de “El Chacal”.

Y cuando, media hora después, hacía alto para permitir que su montura abrevara, hasta sintióse perplejo al percibir que, íntimamente, casi se alegraba de no haberse empeñado en lucha mortal con el joven de mirada recelosa y ensoñadora.

Pero cuando oyó a Diego Lucientes cantar algo desafinadamente entonando unas coplas granadinas, frunció el ceño, de nuevo colérico.

—¡Qué voz para un par de botas, compadre! —rezongó.

—Para un par de botas... ¿Es eufemismo?

—Te llamo becerro para no dedicarte epíteto más grueso. ¿Es posible que te atrevas a cantar?

—Verás... En teniendo garganta... Puedo cantar.

—Bien sabes por dónde voy. ¿Cómo es posible que, muerta o desaparecida tu hija, tengas valor para berrear?

—Por la sencillísima razón que doña Gabriela no está, ni muerta ni desaparecida. ¡Malos dengues me coman! —y desfogóse Lucientes dando taconazo en el suelo—. ¿Es que me creías tan desalmado como para poder sentirme el eterno “majareta”, si algo le hubiera ocurrido a la niña de mis entretelas?

—Aclara.

—Aclaro. Luana tenía siempre espías a la vista de la encomienda de Roque Riscal. Supo por uno de ellos fue doña Gabriela, muy bravamente, acometió al murciano, espada en mano. Por lo que

deduzco, el tipo quiso hacerla responsable de mis perrerías. El caso es que la encerraron en un sótano. Todo eso me lo contó Luana, fue, por cierto, “me da el pálpito” fue estaba por mis huesecitos y…

—Al grano, zopenco.

—Enterado, quise ir a rescatarla, pero Luana me disuadió, prometiéndome que lo arreglaría de forma que nadie sospechara que ella se dirigía hacia la montaña solitaria. Pero a mí no me interesaba que ella fuera allá. Y logré que los pongos que, ayudados por un capataz amigo de Luana, acudieron a rescatarla, dejaran allí huellas de jibaros: es decir, un cráneo empequeñecido. Ya conoces la costumbre que dicen…

—Al grano, belitre.

—El caso es que, como en el entreacto había aparecido Cheij Khan, y yo lo que quería era que él siguiera creyéndola inalcanzable, fingí andarla buscando, sabiendo que, mientras, los pongos la llevaban a Bogotá, participándole a, ella que yo estaba camino de la ciudad, y que allá me esperara.

—¿Por qué engañaste al mozo?

—La daba por muerta. Después, al saber que no era así, ya volvía a sufrir esas angustias amorosas. Ese idilio no puede terminar bien. Preferí, pues, que vuelva a creerla muerta.

—¿Y a mí por qué me engañaste?

—Por si él estaba a la escucha.

—¿Y tú con qué derecho impides que ellos dos se encuentren si ellos se quieren?

—¡Repámpanos!… Pero ¿no querías tú comerte el hígado de “El Chacal”? En el fondo, te diré que me alegro que haya huido. No me hubiera gustado que os hicierais papilla los dos… Y otra cosa voy a decirte: en llegando a Bogotá, trataré de enviar sabuesos que olfateen el rastro del mozo.

—¿Para qué?

—No quiero dejarlo solo, ahora que está desesperado.

—No te metas tú en camisa de once varas.

—Tú me enseñaste.

—¿Cómo es eso?

—Yo era un buen muchacho picar® redomado y tahúr, que iba rodando por la pendiente que me conduciría al crimen imperdonable, cuando en mi senda me tropecé con un orgulloso

matón apodado el Pirata Negro.

Y el tal me regeneró y…

—Cambia la vela. ¿Qué más?

—Pues que yo tengo influencia en el mozo. Y no quiero que haga estropicios.

—Manda en nave pirata.

—¿Y qué?

—Si con él te pillan, te darán cáñamo para adornar ese chalequillo de hierro que llevas al cuello.

Rió Lucientes.

—¡Yaya! ¿Y para que quiero yo la influencia de un amigote poderoso como el conde Ferblanc?

—Quien a redentor se mete, palos recibe… En fin, no tienes remedio: eres el eterno estudiante.

—A mucha gala… Oye: ¿y si yo lograra que, amansado, el chacal comiera de tu mano, no sería un buen mozo de pelea a bordo de tu nave?

—Siempre mejor que rodando de crimen en crimen. Deduzco que logró convencerte de que nada tuvo que ver en lo que sucedió en los bosques y en tu cuello.

—No fue él, sino Lyon d’Arcy.

—En marcha, y… déjame que yo hable con Gabrielle; he de lograr que, por si acaso, se aleje de Bogotá, pues por el litoral colombiano merodea la nave “Islam”, que, si no la ha hundido “Cien Chirlos”, dará que hablar. ¡En marcha!

Capítulo XI

Dos diálogos privados

Gabrielle Lucientes miró con fingida severidad al autor de sus días, que silbaba alegremente, simulando contemplar el decorado de la lujosa habitación del palacio gubernamental de Santa Fe de Bogotá.

—Cese el silbido, señor.

—Cesado ha-sonrió Lucientes, incorporándose —. Estás bien instalada. El compadre gobernador os ha tratado magníficamente a ti y a Mireya. Seguro que es porque piensa pasarle cuenta al hidalgo Lezama.

—De eso no se trata, señor, ¿Conque dándoselas de inocente? Desapareces por cerca de tres meses, y después apareces como si tal cosa, importándote un comino lo que a mí me ha pasado.

—Atiende, tunantuela... Si en vez de sentirte exploradora y andar pisándome la cola, te quedas aquí, pues santas pascuas y todos felices. Puedes dar gracias a que embajador especial resulté, y convencí al jefe de la montaña solitaria para, que te sacara del apuro.

—¡Y que si los llamados pongos no me sujetan suave pero firmemente, voy y le parto el hocico al traidor murciano que me dio miedo con sus dos perros! ¡Condenado gusarapo!

—Ese no es léxico apropiado para jovencitas en estado de merecer.

—Oye, papá: ¿por qué quiere el hidalgo Lezama que su esposa y yo vayamos a la casa que el gobernador posee en el interior?

—Por la sencillísima razón de qué así le sale de las narices a él, y en menor escala a mí.

—Bueno..., ¿y después de esta razón no hay otra que resulte tan

razonable?

—Pues que, dado el cargo que ostenta, no quiere se repita lo ocurrido con Mireya. Hay mucho pirata por esas “Aguas Revueltas”, y vosotras, las mujeres, sois complicadas.

—Obedeceremos, ya que ésta es condición de mujer. Pero si tardas más de dos meses en aparecer, yo...

—Esta vez te aseguro que como me des latiguillo con tus cabezonadas, te voy a dar de tortas hasta que me salgan chispas de la mano.

—Ya será menos.

—Vaya... Ya tenemos respondona. Por lo visto los aires de estas latitudes te sientan bien.

E implícitamente, quería con ello significar Lucientes, que tal como predecía, el tiempo iba haciendo olvidar a la que juraba que nunca podría volver a sonreír, lacerada por el dolor del recuerdo de Cheij Khan.

Pero, si bien amortiguado, seguía en el corazón de Gabriela Lucientes una sola imagen: la de su primer amor.

✲ ✲ ✲

—...y cuando le esperaba creyendo que iba a sallar sobre mí, se tiró de cabeza al agua, nadando como un pez, y galopando después como un centauro hasta perdérseme do vista.

—Lo cual celebro-dijo, gozosa, Mireya de Ferjus —. Y por seguro tengo que “El Chacal” se marchará de estos mares, que han sido los de su postrer desilusión. Y a la vez lo siento, porque, si bien no peleará contigo, morirá violentamente...

—No te apiades de él. Es mozo fuerte y sabe andar. Lo que no me explico es su extraña actitud —No soy ningún coco. Él es valiente, y, sin embargo, me huyó... como si..., como si, ¡esto es!, como si no quisiera pelear conmigo. ¿Por qué? Decía que mi voz le recordaba algo, y... En fin, mal rayo le parta... En el fondo, agradecido le estoy, porque contigo se portó caballerosamente. Lo que, no obstante, no impedirá que si vuelve a ponérseme por delante, lo borre del mapa, y esta vez sí que no le dejaré escapar. ¿Han llegado noticias del “Aquilón” o de “Cien Chirlos”?

—No. El gobernador, que por cierto es amenísimo, dice que ha tratado de que algunos de sus hombres localicen tu velero, pero no lo ha logrado.

—Ya lo lograré yo. Bien, y ahora a lo dicho. Tú y Gabrielle iréis al interior, en fortaleza segura, donde quede yo tranquilo de que nada os pasará, porque la guarnición es crecida. Y advierto que te hago responsable si la mocosa vuelve a escaparse. Distráela, que se deje cortejar...

—¡Qué poco romántico eres, Carlos!

—Esta nena, con sus romanticismos, me complica la existencia al igual que la bastante complicada de don Diego.

—Y hablando de Diego..., ¿vas a permitir que siga la pista de “El Chacal”?

—Es mayor de edad. Y cuando se pone testarudo, es perder el tiempo soltarle bufidos. No sé qué demontres le ocurre pero yo que puado alardear de conocerle bien, estoy pasmado.

—¿Por qué?

—Pues quiere al mozo árabe como si se tratara de su propio hijo.

—Tratado, Cheij Khan es digno de cariño. Yo..., pues, casi sentía deseos de cogerle de la mano y tratar de evitar que se descarriara. Lo merece. Es un tronco sin apoyo, que ha crecido solo, sin cariño, luchando contra la maldad...

—Tate... Este mozo, por lo visto, es fascinador. Lo que sí puedo afirmar es que tiene buena planta..., y cuando le tenía delante, me daba la impresión de que le conocía. Seguramente a su padre debí yo tratarle en no sé dónde diablos. ¿Sería en tierra bereber? Bah, cualquiera sabe... Tiene el mozo sangre aventurera, y, su padre, tanto pude conocerle en Berbería como en Escocia. Cuanto más pienso en él, tanto más Se afianza en mí la obsesión de que su rostro, su mirada, su ademán de reto... me son familiares.

Sonrió Mireya cariñosamente:

—Yo quizá estoy en el secreto, Carlos.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Sabes quién era el padre de este mocito?

Ella puso expresión de apicarada seguridad, tardando un instante en contestar:

—¿No crees que lo que te recuerda es la imagen de un joven pirata bueno en el fondo, y adusto y peleón por fuera? ¿Un joven pirata que tardó muchos años en llegar a mi lado, pero que por fin

se convirtió en mi idolatrado marido?

—Tate... ¿Acaso el mozo se parece a mí? No tiene ni mis narices, ni mis ojos, ni mi frente, ni... Bah... Empiezo ya a cansarme de hablar tanto de "El Chacal". Lo que sucede es que entre tú, Gabriela, Diego y don Marcelo, me habéis sugestionado. Este pirata incipiente se parece a mí en que ha declarado guerra al mundo enarbolando pabellón de muerte. Y mi misión es, si se cruza por mi camino, cortarle la carrera. Sobran piratas en "Aguas Revueltas".

Días después partían Mireya y Gabriela, escoltadas por el relevo de destacamento de fuerzas de infantería fue iban a la fortaleza del interior.

Y tanto Diego Lucientes como el Pirata Negro, que en Santa Fe de Bogotá ultimaban preparativos para ir hacia el litoral, estaban lejos de suponer que se avecinaba la más accidentada y peligrosa etapa de sus azarosas existencias.

Aventuras espeluznantes e idilios efímeros, que iban a recordarles años juveniles, en la doble pugna del León contra el Chacal, en el inquieto marco pintoresco y misterioso de las movedizas aguas de la Costa Dorada.

¡No hay más que un PIRATA NEGRO!

Jamás ha habido un héroe más valeroso ni más generoso que él. Con la sonrisa en los labios y la espada en la mano,

El PIRATA NEGRO

recorre todos los mares al frente de sus intrépidos seguidores para imponer la ley y la razón a los que olvidan los dictados de la justicia.

¡Emoción en todas las páginas! **¡Interés e intriga constantes!**

TITULOS PUBLICADOS

1.—La espada justiciera.
2.—La bella corsaria.
3.—Sucedió en Jamaica.
4.—Brazo de hierro.
5.—La carabela de la muerte.
6.—El leopardo.
7.—Cien vidas por una.
8.—La bahía de los tiburones.
9.—El corso maldito.
10.—Rebelión en Martinica.
11.—Los filibusteros.
12.—La primera derrota.
13.—La dama enmascarada.
14.—Los tres espadachines.
15.—Los mendigos del mar.
16.—El rey de los zíngaros.
17.—Noches fantasmales.
18.—Montbar, el exterminador.
19.—La tumba de los caballeros.
20.—Frente a frente.
21.—Esclavitud y rescate.
22.—Deuda saldada.
23.—El holandés fantasma.
24.—"Mezzomorto".
25.—Mares africanos.
26.—Enemigos irreconcilIables.
27.—La ciudad invisible.
28.—El capitán Lezama.
29.—Contra viento y marea.
30.—Manopla de terciopelo.
31.—El caballero errante.
32.—Sucedió en Sevilla.
33.—La tizona toledana.
34.—Máscara de flores.
35.—Angus el tenebroso.
36.—La furia española.
37.—Dos españoles en París.
38.—Intriga macabra.
39.—La mujer del vampiro.
40.—El castillo de Civry.
41.—Los cuervos.
42.—Odisea en Italia.
43.—Los cuatro dogos.
44.—La princesa azul.
45.—Tres amores.
46.—Escala en Tenerife.
47.—Los negreros.
48.—Rumbo al Caribe.
49.—Rebelión criolla.
50.—El hijo del Pirata.
51.—"El Chacal".
52.—La Legión del Mar.
53.—La Amazona.
54.—Un violín en la tormenta.
55.—Los tres trotamundos.
56.—El Marquesito.
57.—Reunión en palacio.
58.—El león plateado.
59.—El pirata novel.
60.—El reto del "Chacal".
61.—La costa dorada.
62.—En pos de "El Chacal".
63.—El "León" y "El Chacal".
64.—Aguas revueltas.